

Miscelánea

BOCETOS LITERARIOS

por
D. TOMAS

Dispierto

1886.

1793

3.854

2286

2286
8-8





MISCELÁNEA.

BOCETOS LITERARIOS

POR

EL PRESBITERO

D. Tomás Dispierto y Gómez,

BENEFICIADO DE LA INSIGNE IGLESIA

MAGISTRAL DE ALCALÁ DE HENARES, Y PREDICADOR

DE SU MAGESTAD



ALCALÁ DE HENARES:

El Áncora, Imp. de J. Torrenova,
San Felipe, 5, bajo,

1886.

**Á mi queridísimo amigo y paisano el Sr. D. Manuel
Ibarra y Cruz, ex-diputado á Cortes.**

¿A quién mejor que á tí, mi querido amigo y protector, debo yo dedicar mis pequeños Bocetos Literarios? Bien comprendo que no merecen que tu atención se moleste con su lectura, (pues como todo lo mío), vale muy poco ó nada.

Sin embargo, como por fortuna me consta que tu cariño fué siempre para mí, noble tierno y sincero, abrigo la esperanza de que te dignarás aceptar mi humilde obra, no por lo que ella valga, sino como una débil prueba de la profunda gratitud y amor, que para tí, anida consecuente en el corazón de tu paisano y amigo,

TOMÁS DISPIERTO.

Á mis lectores.

A pesar de no haber escrito jamás para el público, ni haberme atrevido nunca á lanzarme al estadio de la Prensa, por carecer de elementos necesarios para tal empresa, sin embargo, llegó un día en el cual, impulsado por mis generosos amigos, y (sobre todo por la ignorancia, que es la que más valor presta), llegó un día repito, en que escribí algunas líneas en los diferentes periódicos de esta localidad, teniendo la inmerecida honra de que mis paisanos y amigos leyeran con gusto mis humildes producciones, (no por lo pudieran interesar), sino más bien por rendir un pequeño tributo á la distinguida y noble amistad con la cual se dignan honrarme.

Animado con esta prueba de predilección y afecto, me atreví más tarde, á escribir en la Cuna de Cervantes y en El Heraldo Complutense, algunos artículos en la sección recreativa, tanto por corresponder á la deferencia de sus ilustrados Directores que pusieron las columnas de su semanario á mi disposición, como para procurar con mis pobres líneas distraer la imaginación de mis amigos y conciudadanos, y llevar

al corazón de mis lectores el amor á las heróicas virtudes que constituyen la dicha de los pueblos, al mismo tiempo que procuraba apartar á todos, de la funesta y resbaladiza pendiente del vicio, que sólo puede llevar al seno del individuo, de la familia y de la sociedad, los tristes gérmenes de la degradación, de la miseria y de la muerte. Y como quiera que muchos de mis amigos me han manifestado el deseo de tener reunidos todos los artículos que escribí entonces, yo, que sólo ansío complacer á cuantos se dignan honrarme con su amistad, no vacilé un momento en coleccionar mis mal pergeñadas líneas, que con el nombre de pequeños BOCETOS LITERARIOS, ofrezco al público y que será lo que constituya este pequeño volumen, sin orden, concierto, ni armonía.

Si tengo la suerte que mis primeros cuanto humildes ensayos sean leídos por mis paisanos, amigos y conciudadanos con la indulgencia que á todos ellos distingue, habré conseguido mi objeto, pues aunque no dudo que al punto comprenderán, que estoy muy distante de poder reunir las dotes necesarias para lanzarme á escribir para un público ilustrado, es también una verdad que á primera vista se destaca, que mi deseo al escribir fué grande y noble, puesto que solo me propongo distraer agradablemente á mis lectores con recuerdos que al corazón entusiasman, así como también llevar al fondo del alma las perlas del consuelo que sabe proporcionar al pecho afligido, la práctica de las heróicas virtudes que todos deberíamos recordar constantemente.

El Autor.

A LA Patrona y Protectora

DE
Alcalá de Henares.

INVOCACIÓN.

Bien hayas Alcalá, patria querida, perla de Castilla la Nueva, ciudad gloriosa y poética. Bien hayas tú, que reclinas tu cuerpo sobre mullido lecho de glorias, y tu cabeza sobre inmarcesibles laureles. El Henares te envía las más frescas de sus brisas, envueltas en sublimes y melancólicas armonías. El viento ondea suavemente tu flotante cabellera, y los siglos admiran la abundancia y grandeza de tus gloriosas hazañas. La naturaleza se engalana para rendirte tributo, y hasta parece que el azul de tu cielo, ostenta su color más puro y trasparente, para envolver tus variados matices, cual envuelve la concha nacarada la nítida y hermosa perla. El génio de la inspiración bate en tu rededor sus encendidas alas,

y las chispas brillantes que desprende, enciende en sacro fuego, la mente de tus hijos y de tus héroes. Bien hayas noble ciudad de Alcalá, cuyas hermosas y dilatadas campiñas cobija cariñosa bajo su manto protector la imagen admirable y milagrosa de la Santísima Virgen del Val, azucena purísima que embalsama con su perfume las riberas del Henares, al mismo tiempo que derrama generosa las perlas de su consuelo y amor en el corazón del afligido Complutense que en su auxilio la llama.

¡Salve! Salve amparo de la ciudad alcalaina. Salve inocente paloma, rosa celeste, del mágico edén. ¡Yo te saludo!

¡Yo te saludo, sí! Y suplico tu amparo; yo imploro la protección de la hermosa reina de los Complutenses: de la que admiro sentada en nacarino trono de transparentes nubes: de la que huella con su divina planta las brillantes y trémulas estrellas: de la que arrastra su manto por la espalda encendida del sol; de aquella mujer, finalmente, cobijada por la inmensidad del poder del Padre, por el amor sempiterno del Hijo, y por la gracia resplandeciente del Espíritu Santo.

¡Salve Madre amantísima del Val! Tesoro esplendente de celestial amor; refugio del mísero peccador, y fuente inagotable de los ricos tesoros de la gracia, eslabón misterioso donde enlaza lo divino con lo humano. Alcalá, agradecida, te rinde un culto ferviente y simpático, y te aclama, con gritos de entusiasmo y de la más frenética alegría, espresión ca-

riñosa y espontánea de la veneración que el Complutense te profesa.

El órgano sagrado llena de místicas armonías el recinto Santo: las voces de tus hijos se mezclan y se confunden elevando hasta tu altar, cien cánticos de amor: aromáticas espirales de humo azulado, suben en caprichosos giros á mecerse ante tu imagen bendita. Y tu amada ciudad, esa hija del Henares, esa perla de Castilla, se humilla ante tu trono, y levantando al cielo su corazón te reconoce en tu Imagen del Val, como reina y protectora de Compluto. Pues bien, Madre mía, oye mi plegaria, protege á tu querido Pueblo dota á tus hijos de perseverancia en la fé, anima su esperanza, enciende más y más la lámpara de la caridad, y emplea constante tu benéfica influencia en favor de esos hijos (que como el que estas líneas empezó á trazar); pronunciando tu nombre hermoso quiere vivir, y suplicando tu amparo ansía ocultarse en el fondo del sepulcro.

¡Bendita mil veces Reyna cariñosa de los Complutenses! ¡Yo te saludo! é inspirándome en tu cariño, doy principio á mis pobres *Bocetos*, y... ¡Ojalá consiga distraer con ellos á mis amables lectores!!!

El amor maternal.

Nada hay en el mundo que para nosotros sea tan grande, tan bello, tan poético y tan sublime, como esas tiernísimas escenas que tienen lugar en el interior del santuario de la familia, en el momento en que la inocencia juega desde la cuna con el amor maternal. No existe detalle más bello en el extenso y magnífico cuadro de la naturaleza que aquél en que una madre enchida de entusiasta amor, contempla por vez primera la angélica sonrisa del candoroso niño. Y si éste en su inconsciente alegría levanta sus tiernas manos, como queriendo acariciar la frente de la que le llevó en sus extrañas, entonces la madre olvidando todas sus amarguras, extasiada de placer, es completamente feliz.

Podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que una buena madre, no cambiará ninguna de tan bellísimas escenas por todos los tesoros del mundo; y ni las riquezas sepultadas en el inmenso seno del anchuroso mar, serían suficientes para poder compa-

rar el valor que tiene para una madre amante la más pequeña caricia del hijo de su corazón.

¡El amor maternal! Esta sola frase constituye por si sola, un grandioso poema, cuyas páginas grabadas por la mano del Eterno, en el fondo de nuestra alma, hace que á cada hora, en cada momento se rejuvenezca nuestro sér, recordando en cada uno de los cantos de tan sublime poema, un piélago de dulces caricias; en sus distintos episodios, mil escenas de ternura, y en todos sus pensamientos, fieles suspiros de amor.

¡Dichosos mil veces los que hemos tenido el placer de conocer á nuestras madres!.. Felices mucho más, los que aún podemos estampar en sus mejillas un beso puro, é inmaculado; un beso de ternura, en la hermosa y noble frente de esa gran mujer, toda abnegación, toda sentimiento, que nos alimenta con su propia vida, y que guía y sostiene cariñosa nuestro paso vacilante en la infancia; y que al mostrarnos conmovida la azulada esfera, hace entrever á nuestra aún dormida razón, la idea de un Dios grande y clemente, al cual se dirige al hacernos repetir la primera oración que eleva al cielo los puros labios del ángel inmaculado.

No hay, no, en el orden de los humanos sentimientos un amor más grande, más digno, más puro, ni más desinteresado, que el amor maternal. Y aunque la mujer ha nacido para amar, y su naturaleza ha sido creada por el amor, cuando brilla en su frente la sublime aureola de la maternidad, es una se-

gunda vida para ella la gran necesidad de este dulce sentimiento, que de débil la convierte en fuerte, enérgica, y decidida.

Es verdad, que la misión grandiosa de la madre está erizada en este valle de amarguras, de trabajos y penalidades, de disgustos y sinsabores, de molestias y de lágrimas; pero sin embargo, ella encuentra en medio de sus fatigas el galardón que codicia: dejémosla sentir; dejémosla amar á sus hijos, y después, aunque la pidamos resoluciones heroicas, supremos sacrificios, nada será bastante á detenerla en su tan majestuosa carrera, salvando los mayores obstáculos, venciendo finalmente las más grandes dificultades.

Por eso hemos observado que cuando el dolor se ceba con crueldad en el corazón de sus hijos; cuando el infortunio bate sus negras alas sobre sus cabezas; cuando algún peligro, en fin, amenaza á los que son pedazos de su corazón... entonces la madre rápida vuela á su lado, nada la detiene, nadie es capaz de contener los gritos amantes que exhala su pecho, y su alma oprimida, su espíritu atribulado, quiere por todos los medios que están á su alcance compartir y beber con ellos la terrible copa del sufrimiento.

Una mujer revestida con el sagrado carácter de madre, deja de ser indiferente, y muy pronto la vemos convertida en un coloso, que las circunstancias variarán según que aumenten las proporciones. El instante de la muerte de un hijo es uno de los momentos supremos, en que con todo su poder, se mani-

fiesta el amor maternal: pero, ¿á qué cansarnos? el corazón de la madre, no sólo es grande, cuando contempla á su hijo moribundo, contando las aspirantes palpitaciones del pecho cuya vida se apaga, si no en todos los instantes de la vida de su hijo, siempre.

No podemos negar que es grande y sublime la misión de la madre y muy poderosa y enérgica la fuerza misteriosa del amor maternal. Por eso, hemos querido en este sencillo artículo, consagrar un cariñoso recuerdo á la mujer á quien tanto debemos; y felicitamos desde el fondo de nuestra alma, á los que pudieron experimentar la suave y dulce emoción de las caricias maternas. Felicitamos también con doble entusiasmo, á los que como nosotros tienen aún el placer de estampar en la frente de su madre querida, un beso puro, é inmaculado, aspirando al mismo tiempo el benéfico aliento de un sér tan cariñoso, que con su abnegación, por medio de su amor santo y desinteresado, consiguen depositar en el corazón de los hijos el gérmen precioso de las virtudes.

¡Dichosos, los que como nosotros han conocido á su madre! Desgraciados en gran manera aquéllos á quienes la muerte separára de su lado á un sér tan grande y de todos tan querido. Esta triste consideración no puede menos de arrancarnos una tierna lágrima, que quisiéramos depositar en la copa de vuestro tan justo sentimiento, con el fin de dar una pequeña tregua á vuestro inmenso dolor.

Inútil acaso será nuestro afán, pues comprende-

mos que cuando recordéis aquél fatal momento en que para siempre se cerraron aquéllos labios que tanta ventura vertieran en vuestro pecho; cuando recordéis á aquella mujer santa que tan cariñosa os sonreía, lágrimas de amargura surcarán vuestras mejillas, y un doloroso suspiro resonará en el fondo del alma.

Comprendemos que será aflictiva vuestra situación al no poder tener el consuelo de depositar vuestro llanto en el regazo maternal; al no poder referir tranquilos vuestras cuitas; al no embriagaros en las delicias de sus amorosos trasportes. No se nos oculta que, con la muerte de vuestras madres, hayáis perdido la calma, sintiendo en el corazón la inmensidad de un vacío aterrador, que el insomnio haga intranquilas vuestras noches... pero nuestro deber es deciros que no por eso os desesperéis, porque el amor de la madre por lo mismo que es tan vehemente, que es tan grande, es también eterno, y decimos eterno, porque nos acompaña hasta más allá de la tumba, haciendo que por medio de tan dulce, á la par que grato recuerdo, pueda aspirar el infeliz huérfano ese fluído inesplicable que tanto embelleze su existencia.

El amor de la madre, aun después de la muerte, derrama sobre el corazón del hijo atribulado el bálsamo del consuelo, y es tan poderosa la fuerza de tan noble sentimiento, que aunque el huérfano tiene horas de amargura al recordar tantas y tan repetidas escenas de amor, de entusiasmo, de felicidad, sin embargo el amor de su madre neutraliza en algún modo

tan terrible ansiedad, pues desde las regiones de lo infinito, vela incesante por la completa ventura de su hijo que triste llora en el mundo.

Por eso, el hijo amante, no solamente oye con placer la dulce voz de su madre, aun después que ésta deja de existir, sino que en todos los momentos de su azarosa vida, en todos los espectáculos del cielo y de la tierra, cree contemplar la bella imagen de aquella mujer que tan vivamente supo impresionar las más delicadas fibras de su corazón. Por eso, cuando el sol moribundo nos envía el último rayo de su luz vivísima; cuando la luna viene á herir nuestras frentes abatidas por el pesar... entonces el huérfano da tregua á su dolor, porque á través de tan bellos espectáculos, creen admirar la cariñosa sonrisa de su madre, que desde el cielo les bendice.

Cuando en el espacio, sobre un horizonte sereno, vemos flotar una ligera nube, que cual gasa caprichosa, gira en nuestra presencia; si alguna vez escuchamos el murmullo de las olas tranquilas que van á morir en la playa, ó sentimos el ruido que produce la brisa entre el espeso follaje, entonces también halla consuelo el huérfano, pues cree que aquel suave murmurar de la floresta, es el ruido que produce el beso de amor que su madre les envía desde la eternidad.

Finalmente, cuando acaricien vuestro rostro sutiles auras, saturadas con el perfume de mil flores, cuando respireis su ambiente purísimo... entonces para vuestro consuelo, elevad á Dios una plegaria de gratitud, por haber hecho que *el amor mater-*

nal, sea la hermosísima flor en que todas las horas perfuma el desierto de vuestra vida.

¡Benditas mil veces sean nuestras madres! Bendito sea el Dios de la clemencia, que para consuelo de las criaturas, depositó en el corazón de la mujer, el bálsamo divino que conocemos todos con el dulcísimo nombre de *Amor maternal*.

En la Virgen del Val.

¡Qué espectáculo tan sorprendente y magnífico es el que ofrece una tarde de estío en aquel poético valle, cuando el sol se oculta tras los empuñados riscos de la agreste montaña! Cuadro grandioso es el que ofrece el horizonte, cuando desde el sitio pintoresco que conocen los habitantes de Compluto con el nombre de la Virgen del Val, vemos agruparse los dorados celages salpicados de ráfagas rojizas que perdiendo gradualmente su brillo esplendoroso se van trocando en gigantescos nubarrones de color de ópalo, hasta que por fin se desvanecen y, una hermosa cinta de plata corona el solitario monte. Entonces cuando el firmamento se va poblando de trémulos luceros á los que forman séquito las pálidas estrellas; cuando en medio de aquel hermoso recinto vemos destacarse un mágico santuario que cual blanca paloma se cierne magestuosamente entre aquel espeso follaje; cuando á través de los débiles rayos del sol que hundi6 su frente en el ocaso

admiramos la ermita que se eleva en aquel pequeño Eden, un misterioso suspiro se escapa del alma; y al sentir una impresión de tierna melancolía en todo nuestro ser, una dulce plegaria murmura el labio, plegaria de amor que con su fuerza poderosa atraviesa los muros de aquel asilo, recorre veloz los ámbitos de aquel templo, hasta que por fin, después de mil caprichosos giros, después de graciosas ondulaciones llega hasta un altar, y allí reverente coloca en el seno de la Virgen que ocupa aquel trono las frases de cariño que su labio pronunciara. Después de esta escena conmovedora, el corazón se dilata contemplando desde aquel lugar el crepúsculo de la tarde que, es á no dudar, uno de los más bellos espectáculos de la creación, porque todo cuanto nos rodea deleita de un modo mágico, de una manera agradable, todo pues convida en aquel poético recinto á la más dulce calma, á la más fervorosa meditación. En aquel apacible valle, murmuran las ténues brisas que agitan las verdes frondas; desde allí se deja escuchar el acompasado son de las cóncavas esquilas del ganado, que descendiendo con lentitud de la cresta del *Ecce-Homo* se dirige á su redil; desde allí nuestro oído percibe el fiero ladrido del vigilante perro que sigue fiel al rústico pastor, quien henchido de alegría entona un canto melancólico; las vibrantes notas del soterrado grillo, el suave murmurar del plácido y tranquilo Henares al besar los muros de tan poética mansión, preludia con sus rizadas olas como un débil quejido de amor para la reina del cielo, que vela con solicitud por la

ventura de los Complutenses; allí se escuchan estasiados de placer los cadenciosos trinos del rey de la floresta que con su arpada lengua entona mil variadas endechas de amor á su fiel compañera: desde allí, finalmente, se escucha la lúgubre voz del cuchillo que desde la rama más alta del más elevado álamo parece que con sus sentidos acentos llora por los que dentro de breves instantes, no podrán ver ya los rayos del sol que acaba de sepultarse, inclinando su frente esplendorosa en la triste tumba del ocaso.

Efectivamente que es sublime este espectáculo de la creación, es magnífico el crepúsculo de la tarde cuando le podemos contemplar en las riberas del Henares, cuando admiramos la Omnipotencia de Dios en esa hora de tan dulces emociones y á la vez que de tristes recuerdos, descansando sobre la verde alfombra que tapiza la entrada de la poética ermita del Val. Muchas, repetidas veces, puedo asegurarlo, he tenido ocasión de experimentar las suaves emociones de tan supremos instantes y siempre en todas ocasiones he sentido que allí, y en presencia de un cuadro tan sorprendente como es el que ofrece el crepúsculo de la tarde se ha dilatado mi corazón, he olvidado los crueles pesares y dando una tregua á los dolores del alma, me consideraba completamente feliz; porque el ruido melancólico producido por las ondas del Henares hacía que no oyera las notas discordantes del festín universal en el que por necesidad todos tomamos parte. La suave brisa que jugueteaba con las copas de los frondosos

árboles venia después á acariciar mi frente abatida; el canto del festivo ruiseñor embargaba mi mente, y lejos de pensar en la tierra, mi espíritu se elevaba hasta el cielo y en mi febril entusiasmo creía oír los acentos de las liras de querubes que preludiando mil endechas de amor circundan el trono sublime del Eterno, y si, por último, se fijaban mis ojos en esos encendidos brillantes que esmaltan el magestuoso artesonado que se estiende sobre nuestras cabezas, creía ver á través de aquellos globos luminosos la sonrisa benigna del Dios de la Magestad, que fija siempre en las tristes criaturas las contempla con tierno afán y con paternal amor las bendice.

¡Que hora tan hermosa la del crepúsculo de la tarde! Pero cuan sublime y poética es dicha hora, si tenemos el placer de que se deslice cuando estamos cerca de la ermita del Val. Por eso en este instante, al ver desde mi modesta habitación cual van aproximándose las tristes sombras de la noche, al contemplar ocultarse tras la pequeña colina el postrer rayo del moribundo astro del día, recuerdo aquellas otras tardes en que completamente extasiado, le ví morir desde las riberas del Henares, desde la ermita del Val, que tanto encanto y poesía tiene para el complutense. No hay duda, queridos lectores, que en presencia de los espectáculos del cielo, á vista de los grandiosos cuadros que la creación nos presenta, por necesidad ha de elevarse el alma, se ha de remontar el vuelo del espíritu, y olvidándonos de la tierra, hemos de alabar al que dirige con tanta

Heroismo de la mujer.

Por una casualidad llegó á nuestras manos un periódico en el cual, con bellísimos caracteres se consignan los actos heroicos que la presente sociedad tiene ocasión de admirar, si por un momento se fija en la Santa Asociación conocida con el nombre de *Las Hermanitas de los Pobres*. Y como quiera que todo lo heroico, lo grande y lo sublime, cautivó siempre nuestro sencillo y humilde corazón, no vacilamos un momento al consagrar nuestras pobres líneas á esa mitad del género humano, que al merced nuestra cuna, enjugando nuestro llanto, nos presta con solícito anhelo el calor benéfico, tan necesario á nuestra débil existencia.

Á vosotras, pues, respetables lectoras dedico este artículo, y al escribirlo, me propongo dos cosas: la primera, es haceros toda la justicia que mereceis, procurando destruir algunas creencias erróneas que por desgracia se tienen de vosotras; la segunda, poner de manifiesto el sin número de escollos en que

tropieza la mujer, unas veces por su ciega confianza en la apariencia, otras por su poca experiencia en la realidad. Quiero poner de manifiesto la grandeza de ese *sér* que todo abnegación nos alimenta con su propia vida, que acoge con frenética alegría nuestra primera sonrisa, que guía y sostiene nuestro paso vacilante, y que al mostrarnos conmovida la azulada esfera, hace entrever á nuestra infantil inteligencia la idea de un Dios grande y cariñoso, al cual se dirige, haciéndonos decir la primera oración que elevan al cielo los labios immaculados del ángel. Más no creais que al expresarme así, trate de hablar únicamente de la mujer, ejerciendo la misión sublime de la maternidad, que como sabe hasta el más rudo, está erizada de mil trabajos y penalidades y que ella sin embargo, en medio de sus fatigas y sufrimientos encuentra el galardón que codicia, que es únicamente el amor de sus hijos. Al hablaros hoy de la mujer, me quiero dirigir ó aludo á todos esos seres dotados de corazón é inteligencia, nacidos para dulcificar los pesares amargos del infortunio, y para iluminar con la fe de sus santas enseñanzas á los que se agitan en el caos de la más triste degradación. No hablo por lo tanto de la mujer *coqueta*, de ese *sér* insustancial tan estéril para el bien, como predispuesto para el mal, y que por desgracia existen algunas en la sociedad. Pero basta de preámbulos y entremos de lleno en la cuestión.

Es una verdad innegable que para muchos, la mujer y el amor, son dos problemas difíciles de resolver, ó mejor dicho un problema insoluble; pero

es únicamente para aquellos hombres que no quieren ver en la mujer más que un instrumento lanzado en medio de la sociedad, para hacer más agradable la vida. La mujer para esta clase de hombres (que por desgracia abundan), es lo que ellos llaman un libro cerrado ó un geroglífico indescifrable; pero es porque han temido perder su pretendida preponderancia al detenerse á estudiar á la mujer, concediéndola por esto más importancia de la que ellos juzgan debiera tener. ¡Qué necios!!! ¡Qué fuera de ellos sin el gran corazón de ese sér, cuya noble misión en la tierra está encerrada en una sola frase! ¡Amor! Y si la mujer es toda amor; y si la mujer generalmente posee un gran corazón ¿es posible que esos hombres no quieran comprender las explícitas manifestaciones del sentimiento y del cariño? Pero no: esos hombres, no pueden comprender su corazón, porque no la eleva, como vuestra inteligencia á los primeros puestos del Estado, á trepar por la escala esplendente de la gloria, ó á arrancar sus secretos á la ciencia. No comprenden su corazón, porque la inmensa série de sacrificios que la impone su condición, á la mujer, se realizan sin ostentación de ningún género en el reducido recinto del hogar. No pueden adivinar sus sentimientos porque siempre aparecen restringidos, bajo la presión poderosa que en ella ejerce su educación que la obliga á ocultarlos, y su corazón que la impulsa á decirlos pesando sobre ella la inmensa desgracia, de tener que sufrir las impertinencias de todos, sin poderse dirigir á ninguno.

De aquí, que esos hombres que solo juzgan que la mujer es un sér débil, crean que la mujer no solo tenga el deber de escucharle, sino de prestar asentimiento á sus pretenciones unas veces ridículas y muchas atrevidas: De aquí, que la mayoría de esos hombres (justamente desdeñados) se convierten en enemigos implacables de la mujer que después de tener que escucharles forzosamente se ven en la dura necesidad de tener que desechar sus pretensiones, con el mayor heroísmo; por que, no cabe duda que la mujer es un perfecto dechado de valor, pues con heroica abnegación, huye de la vista de quien la persigue, y con valor, sabe contestar á sus locas aspiraciones: y no se crea que al hablar del valor que existe en el corazón de la mujer, pretenda colocarla al lado de Judih, que liberta á la pátria de fieros opresores, ó como Juana de Monforte defendiendo sus estados; ni tampoco intente que todas sean Catalinas de Médicis, sugetando á su familia con un yugo de hierro. No: no he pensado jamás en el valor de la mujer, ni como guerreras, ni como políticas, avaras é intrigantes que siempre hubo, y por desgracia hay en el mundo: No quiero tampoco confundir el valor, con la sangre fría que tienen algunas para engañar al padre, al hermano ó al esposo; el verdadero y santo valor de la mujer está muy lejos de la mentira, del fraude, de la ambición; para poder apellidar á una mujer valerosa ha de empezar por ser humilde, modesta, amable, digna prudente, buena hija, buena esposa y buena madre; pues el valor en la mujer que nos ocupa, es el re-



sultado y el punto de partida de todas las demás virtudes que la enaltecen.

La historia, finalmente, nos presenta mil ejemplos de valor en la mujer, dígalos Mad. de Lafayette, que ocupó en la prisión el lugar de su marido, haciendo huir á éste disfrazado con su vestidos: dígalos también María Stuard, subiendo tranquilamente al patíbulo: dígalos la madre de Calígula, la gran Agripina, dejándose morir de hambre para devolver con su muerte la libertad y rango á sus hijos, á quienes supo ocultar tan gran sacrificio: dígalos la desventurada reina Doña Urraca, mezclándose á su parciales en lo más sangriento del combate para animarles con su voz y su presencia: dígalos María Teresa de Austria, conquistando su propio reino que le habían usurpado, ceñida la corona y la espada de San Estéban y poniéndose al frente de un corto número de caballeros: dígalos también la seráfica Doctora Teresa de Jesús, llevando á cabo su reforma y fundaciones de la orden del Carmen, á través de los mayores peligros y persecuciones: díganlos, finalmente, esas sublimes y majestuosas Cohortes que impulsadas tan solo por el soplo divino de la Caridad, no perdonan medio ni omiten sacrificio con tal de poder calmar algún corazón atribulado, con tal de poder enjugar una ardiente lágrima. ¡Ah! que consuelo experimenta el corazón al contemplar los prodigios de valor obrados por el sensible corazón de la débil mujer, y que acción tan sublime está dando la mujer á todos aquellos que sistemáticamente las contemplan (sino

inútiles,) por lo menos incapaces de hacer la felicidad de la familia, de los pueblos y de las naciones. Que solemne mentís, cuando las admiramos desplegarse en todas direcciones, para llevar á todos los centros la hermosa luz de la fé que conduce al verdadero progreso; la suave brisa de la caridad, que hace de todas las naciones una sola familia de hermanos.

Ellas, pues, despreciando todos los peligros, las vemos acudir amantes y solícitas allí, donde hay una lágrima que enjugar, donde hay un beneficio que derramar, donde hay un consuelo que verter y en tiempo de paz, lo mismo que entre el fragor del combate, en las populosas ciudades; como en las apartadas aldeas, en las miserables boardillas, lo mismo que en el suntuoso salón, en todas partes, en fin, vemos que el valor de la mujer sabe izar la bandera de la caridad, y tiene su corazón todo el heroísmo necesario para sacrificar su existencia en pró de sus infortunados hermanos. Por una parte las hijas de la caridad, al frente de los Asilos de la desgracia, en medio de los hospitales donde anida el dolor, ejerciendo su misión salvadora: De otra las damas de nuestra pátria, abandonando las comodidades de sus palacios, formando asociaciones como la de San Vicente de Paul, lejos de desdeñarse de conversar con el miserable mendigo, le animan, le consuelan y al mismo tiempo que le prestan el socorro material, procuran regenerar muchos corazones, que yacen al mismo tiempo que en la miseria más espantosa, en la triste degradación del vicio, ó

de la ignorancia. De otro lado, finalmente, vemos aparecer ese nuevo y aguerrido ejército de las hermanitas de los pobres que implorando de puerta en puerta el pan de la caridad, sin temor al frío ni al calor, sufriendo resignadas más de un grosero insulto, no desmayan, ni descansan hasta conseguir, proteger, cuidar, velar, amparar finalmente la precaria situación del pobre y miserable anciano, que sin el cuidado de estos ángeles de la tierra, morirían sin duda alguna en medio de la triste y más cruel agonía. ¡Ah! ¡Cuanta abnegación! ¡que grande heroísmo!

Nosotros á fuer de imparciales, no comprendemos por que algunos hombres hablando de la mujer dicen, *«que la mujer es solo un instrumento, lanzado en medio de la sociedad para hacer más agradable la vida.»* Nosotros vemos en la mujer todo lo contrario: nosotros vemos en la mujer cristiana, un elemento de vida para la agonizante sociedad y un lazo de eterna dicha, puesto que ella impulsada por la caridad divina, es la única que establecer puede la verdadera fraternidad, sin la cual, ningún pueblo puede caminar por la senda del verdadero progreso ni ninguna nación puede ser feliz, ni dichosa. Y como quiera que el amor, la caridad, son, han sido y serán siempre el valuarte donde se estrelle la ambición, la soberbia y la tiranía, resulta que siendo la mujer el sér que con más heroicidad, con más entusiasmo y con más valor tremola por doquier el sublime estandarte de la beneficencia, la mujer será más tarde ó más temprano la que pueda encauzar la

desbordada sociedad, puesto que á nadie se oculta, que el más poderoso dique puede contener un amenazador torrente, es la caridad, y esta virtud sublime nadie puede negar que existe en vuestro corazón, y de aquí, que nosotros digamos muy alto que el corazón de la mujer cristiana será el que salve la sociedad, toda vez que con noble afán y un santo entusiasmo, vemos con satisfacción, que la mujer hace la suerte del niño, del jóven y del anciano, procurando derramar en todos las perlas de su acendrada caridad.

La Familia.

Hoy, que muchos de los filósofos se esfuerzan en mejorar la sociedad, en discutir los derechos del hombre, en fabricar la felicidad y bienestar para los pueblos en libertad de sus cadenas á la conciencia universal, ó sea suprimir de hecho toda clase de deberes; hoy, es cuando más falta hace, sostener el sublime edificio de la familia, que es sin disputa, el único apoyo, la base sólida é indestructible de todo progreso social, puesto que la familia es la madre de la sociedad y de la patria.

Si buscamos el origen de la familia, de esa fuente, viva fuente que mana constante sin agotarse jamás, podremos ver á través del caudaloso raudal de las generaciones que nos precedieron su verdadero origen, y en ese origen, encontraremos la familia creada por la potente y cariñosa mano de Dios, en el Paraíso terrenal.

En el hogar de nuestros primeros padres, nació el manantial que alimenta el río de la vida social,

rio que se surte perfectamente de canales trazado por la mano del Hacedor, y cuya profundidad no está al alcance del brazo sobrado corto del hombre.

La vida, pues, que se recibe en el seno de la familia, es el origen de ese caudaloso río que se llama vida social.

La pasión é intemperancia que traen consigo las luchas políticas entraña siempre el afán de sentar innovaciones en las teorías sociales; el deseo constante de acariciar la mayor parte de las veces necias é infecundas utópias que han dado en llamar humanitarias, han hecho, y desgraciadamente hacen que el hombre y la sociedad se olviden de la familia, sin querer fijarse, sin tener en cuenta que la sociedad política, envuelve consigo á la sociedad doméstica; cual envuelve en su seno la concha á la hermosa perla, y que á la sombra benéfica que proyecta el frondoso árbol de la pátria se cobija ó debe cobijarse la sublime institución de la familia que es el magnífico crisol, donde esta misma pátria se purifica, se educa y se fecundiza.

De aquí su poderosa influencia en todos los horizontes del humano saber, de aquí que la familia haya sido siempre y sea hoy el único y necesario apoyo, y la firme y sólida base de todo progreso social, pues sabido es que tan augusto edificio fue formado por la mano cariñosa de Dios. Por eso nosotros, creemos que es el colmo de la necesidad, pretender reformar el mundo aplicando empíricos remedios al cuerpo social, que por ser tan grande los haría inútiles por completo, y en vez de ser el leni-

tivo á la doméstica sociedad, serían por el contrario dichos remedios causa de un nuevo y profundo malestar, y como sucede hoy, veríamos siempre á la familia herida en la entraña más interesante; cual es el corazón.

La cabeza del ente moral que llamamos sociedad, padece frecuentes vértigos y ¿sabeis por qué? pues es únicamente por que á pesar de su tan decantada indiferencia, está previendo una rápida y espantosa caída; pues habiéndose elevado á una prodigiosa altura llegó un momento en que creyó que por que se veía muy alta, se bastaría así propia como consecuencia de tamaña arrogancia, relegó al olvido absoluto la poderosa mano que un día la elevó; y sucedió después lo que tenía que suceder, que siendo impotente no solo para elevarse, sino para sostenerse, contempla con horror en medio del espantoso vértigo que la abrumba el momento terrible en que por necesidad vá á precipitarse en el abismo.

Nuestra sociedad ¿por qué negarlo? padece dolorosamente en el fondo del corazón, por que tiene vivamente afectada esa entraña; por que la familia, que es el corazón de la patria y de la sociedad, ha perdido en gran parte la sublimidad del afecto: y parece que se asfixia, que se ahoga en medio del áura cariñosa y perfumada de las virtudes que brotaban en torno de la pureza de las antiguas costumbres, al calor vivificante del hogar.

El hálito envenenado de los enemigos de la familia cristiana, ha barrido en su impetuosa marcha

las palabras «*respeto y amor*» dejando al mismo tiempo gravadas con caracteres de fuego en la puerta del santuario de la familia esas dos utópicas frases *libertad é independencia* que malamente interpretada una y otra, solo ha servido para que la cadena de la triste sociedad sea más pesada, é insoportable (al ménos hasta hoy.)

La vida que se recibe en el seno de la familia, es decir, la educación sólida cimentada, ó fundada en el respeto y amor, tanto á Dios como á nuestros semejantes, podrá tal vez alterarse, como por desgracia sucede cuando el individuo se lanza en el torrente del siglo que tantos males consigo lleva, pero este es un mal puramente pasajero, es una tempestad que se disipa tan pronto como el individuo recuerda las suaves brisas del tranquilo hogar: por que aunque nazca de un río cuyas aguas sean purísimas en su origen; aunque este río tropiece con afluentes cenagosos en lo dilatado de su curso, y estos afluentes enturbien un momento la limpieza de sus aguas, ¿puede esto ser acaso origen para ensuciar el manantial? Creemos con fundamento que no: lo que sucederá es, que manando constantemente el agua pura del origen, acabará por arrastrar y envolver en su curso el cieno de los afluentes, y entonces veremos aparecer de nuevo las ondas brillantes del arroyo, que retratarán la tranquila belleza del firmamento.

En vano pretenderemos buscar fuera de la familia la formación y el desarrollo de la vida; por que en el orden de la naturaleza, tan solo hay una

institución providencial en la vida humana que es la familia, sociedad creada por Dios, para educar al individuo; para que el hombre fuera feliz y se deslizará su efímera existencia, no triste, esclava, ni abatida, sino aspirando el suave aroma de la caridad, de cuya virtud divina nace el misterioso lazo de la fraternidad santa, que hace de todos los seres racionales una venturosa familia de cariñosos hermanos.

Bendito mil veces nuestro Código divino, que tanta belleza y armonía tiene en sus brillantes paginas y tantas clases de remedios tiene para los males de la humanidad.

Plagas Sociales.

Identificados en absoluto con todo aquello que tiende al orden, dicha y bienestar de los pueblos, y siendo nuestro constante afán la ventura, la calma y la felicidad de nuestros lectores, nos ha parecido muy conveniente detenernos un momento nada más ante el tristísimo cuadro que ofrecen las familias, los pueblos y las naciones, sometidas á la terrible influencia de esas *plagas* que poco á poco van destruyendo todos los elementos de dicha de cultura y civilización. Y como quiera que por desgracia todos sentimos un malestar profundo, como todos y cada uno de nosotros experimentamos sin querer un vacío aterrador en el fondo del alma, los unos sufriendo los males fatales del presente, otros llorando y sintiendo las dolorosas huellas del pasado, y casi todos presintiendo un aciago porvenir... Nada más justo, ni más laudable que en alas de la verdadera fraternidad, procuremos manifestar las causas que producen la vacilación, la intranquilidad y desgra-

cia de los pueblos, de las familias y del individuo. Ineptos y muy pequeños nos conceptuamos para aconsejar á quienes tanto por su claro criterio, como por su experiencia, tienen sobrados motivos para comprender la marcha que deban seguir los que quieran admirar lleno de magestad el caudaloso río de la familia y de los pueblos.

Demasiado sabemos que la dicha y la prosperidad de las naciones depende única y exclusivamente de las nobles y generosas intenciones de los gobernantes, y de la sumisión y respeto de los gobernados; más como entre gobernantes y gobernados, surgen más de una vez cuestiones que imposibilitan realizar las más nobles aspiraciones; como en más de una ocasión sucede que las empresas más heroicas son interrumpidas por la mano terrible de la fatalidad, hemos querido buscar el origen de estos tristes sucesos, y cuando claramente hemos visto que el egoismo, la sórdida ambición, la *avaricia* es la terrible plaga social, que socavando va el magnífico templo de la moralidad y del progreso, nos hemos aprestado para combatir al fatal enemigo que en mal hora se entronizara en la sociedad.

Ya en otro artículo procuramos manifestar los terribles males que siembra por doquier la mano del miserable *envidioso*: Ya en otra ocasión trazamos aunque á grandes rasgos, y tal vez sin colorido, el repugnante cuadro que ofrece un pueblo, cuando la envidia rige los destinos de aquél: Ya, finalmente, dimos también la voz de alarma, para que nuestros lectores opusieran todas sus fuerzas al poderoso ene-

migo del *bujo*, que es sin duda alguna una de las plagas sociales, que postran en el polvo de la degradación á las naciones.

Y como ayer, como hoy, nuestro constante afán, nuestro deseo es contribuir á la paz, bienestar y felicidad de nuestra patria, no creemos extrañarán nuestros lectores que con mano fuerte, tratemos de *evitar* que la gangrena de la avaricia se extienda y se propague como hasta hoy, causando males sin cuento, puesto que tan terrible plaga, tan miserable vicio, es una rémora fatal, no solamente para la moralización de la sociedad, sino para la civilización y para el progreso.

¿Qué es avaricia? ¿Cual es el carácter de la ambición? Procuraremos demostrarlo á nuestro modo, si nuestros lectores tienen paciencia para leer nuestro mal pergeñado artículo. La avaricia, queridos lectores, es la cruel madrastra de todas las nobles tendencias, y de las más sublimes aspiraciones. El alma, el sér y la vida del avaro están concentradas en una cosa solamente, á saber, en el oro, que es el alma material del siglo, y el dios á quien rinde un culto idolátrico, una gran parte de nuestra sociedad porque cree que el oro en el mundo, es el fecundo instrumento del placer, y el resorte poderoso para la completa satisfacción de los sentidos.

El avaro desconoce por completo todos esos nobles sentimientos que engrandecen á la criatura, y mata de un solo golpe las nobles y heroicas aspiraciones de generosidad, amor, progreso, cultura y civilización. El avaro prescinde de Dios, detesta al



gobierno, odia á la familia y procura siempre destruir todas esas creencias, todos esos bellísimos sentimientos que aunque distintos entre sí, vienen á constituir la belleza de la sociedad y la dicha de los pueblos.

El avaro, es semejante á la larva repugnante, que nacida para la muerte de la dignidad y la vergüenza de un siglo, vá devorando la sávia de las virtudes, que van cediendo vacilantes por la glacial y cadavérica inmovilidad del gigantesco cuerpo social.

Por eso no hay nada más miserable que un alma, agitándose en el círculo terrible de la sórdida ambición.

Nada tan mezquizo, como el alma cegada por el brillo deslumbrante del oro y empedernida por la costumbre de contemplar su posesión.

Bien sabemos que el vicio miserable de la ambición (por desgracia) no es solamente de hoy, no negaremos que es el tristísimo vínculo de los siglos, pero la avaricia contemporánea aparece marcada con tales caracteres, que no es posible confundir el presente siglo con otros siglos.

Hubo un tiempo en que la avaricia estaba limitada á una determinada clase social, á una raza que le habia quedado como el signo perpétuo del crimen, como el estigma de su degradación, á falta de otra participación social, el odioso vínculo de la avaricia, inmutable herencia que se trasmitía de padres á hijos.

Hoy la avaricia tiene el carácter desolador de la universalidad.

Un tiempo, los judíos creaban inmensos capitales á fuerza de privaciones, economías y arrastrando una existencia miserable. Hoy se aspira á tener esos capitales, los unos, por medio de ambiciones sediciosas, otros valiéndose de locas especulaciones, de sueños de fortuna sin trabajo, unos llamando á la hedionda morada del fraude y de la usura, otros finalmente, sacrificando hasta la honra y tranquilidad de la familia.

Esto, para nuestra desgracia, no viene ya á constituir un hecho aislado, una excepción, sino que va siendo más y más el universal impulso de las modernas generaciones: y decimos esta tristísima verdad, fundados en que desde el que cubre su desnudez con miserables harapos, hasta el metalizado millonario, desde el que gana un modesto jornal, hasta el agitado especulador de profesión, desde los últimos peldaños de la jerarquía social hasta sus elevadas y más brillantes alturas, existe un soplo de *avaricia*, una fuerza tal de ambición, que la mayor parte de la sociedad, corre frenética á rendir un idolátrico culto al vicio terrible de la *avaricia*. De aquí que los pueblos, las familias, la culta Europa y sobre todo nuestra patria querida, la España, que un día surcára los mares como la audaz avecilla moviendo sus poderosas alas al impulso de la generosidad de la grandeza y de la hidalguía, la nave de nuestra madre patria que un día, no temía las tempestades, que las desafiaba con el orgullo de un héroe; la que había surcado todos los mares del mundo, transportando los marfiles del Asia, las riquezas

de América, y los frutos de Europa, hoy la contemplamos casi destrozada, rotas sus velas, trinchados sus mastiles y desecha la quilla que un día sureáralos mares vencedora, pues el huracan terrible de la avaricia enervó todo el valor de los que un día marcháran al campo de las conquistas, impulsados por el soplo divino de la caridad que es la madre de los grandes génios, de los valientes guerreros de los heroicos campeones y de los inspirados artistas. En cambio la sórdida ambición, la avaricia, es una remora, remora fatal, que impide la marcha de los que con la mejor intención, desean la realización de las más heroicas empresas: y es que el avaro es éual buitre de Prometheo que solo se ocupa en desgarrar las entrañas de la madre patria; el avaro es el enemigo irreconciliable del orden, de la justicia y moralidad; el avaro es el insuperable obstáculo, que con la mayor violencia se opone al cumplimiento de los actos sublimes, de equidad y de justicia; el avaro, finalmente, destituido de todo sentimiento noble y elevado, no tiene inconveniente, y mira con la mayor indiferencia, multitud de obreros cubiertos con el manto de la miseria, braceros sin ocupación, paralizado el comercio, la industria encadenada, enervadas las artes y sumida la sociedad en la más espartosa ruina; el avaro contempla este cuadro aterrador con estóica indiferencia, importándole muy poco ó nada, los ecos de angustia y de dolor de sus desventurados hermanos. Y no es posible que un pueblo progrese ni sea grande en tanto que no procure sustituir, á las plagas sociales que

le abaten, las grandes y heróicas virtudes, que le ennoblezcan, y le hagan admirar de las generaciones.

Huyamos por lo tanto de ese monstruo abominable de la avaricia, desterremos, pues en cuanto nos sea posible el vicio miserable de la ambición, convencidos como estamos de que esta plaga social es la que arranca la vergüenza del rostro de la joven pudorosa, la que mata las nobles aspiraciones del hombre, lo diremos de una vez, y para concluir la *avaricia*, es la que amenaza destruir por completo la felicidad de los pueblos, la tranquilidad del hogar, los dulces lazos de la familia, y la sublime fraternidad que abriga á todos los hijos al calor benéfico de un solo corazón.

La paz de los pueblos.

Jamás pueden surgir en nuestra pobre mente ideas tan halagüeñas como las que en este momento animan nuestro corazón, al recuerdo de la risueña aurora de aquel día, en que para siempre aparezca rigiendo los destinos del mundo el *Angel hermoso de la Paz*.

Tiernas en gran manera han de ser nuestras palabras, por que no hay frase que para nosotros encuentre tan simpático y dulcísimo eco en el fondo del alma como ¡la paz de nuestra patria querida! ¡La paz de las naciones! Ved aquí un acento que preludia en nuestros oídos impresiones mil de felicidad, acariciando en lontananza la realizacion de los demás encantadores ensueños, porque la paz de los pueblos es la brisa que guarda sus amantes besos en el perfumado broche de las hermosas flores para prodigarlas con afán en la triste sien del infortunado; la paz es el iris bonancible que tras la asoladora tormenta vemos brillar en el azul sereno, fascinándonos

con sus mágicos y variados colores: *ella* es el suave y perfumado ambiente que hace reverdecen con los ósculos de su amor, las vistosas flores agostadas en el valle por el cierzo abrasador; es la refulgente estrella cuya radiante luz nos hace vislumbrar á través de los densos celages de la cruel ansiedad, el puerto de la débil barquilla de nuestro sér, ha de hallar un asilo eterno y seguro; la paz, finalmente, es la copa del hermoso néctar que endulzar sabe las mayores penas y mitiga las crueles desventuras.

Por eso hemos visto siempre que cuando el ángel benéfico de la paz, ha extendido sus esplendentes y doradas alas sobre algún pueblo ó alguna nación infortunada; cuando ha tomado en sus manos puras el arpa divina de los dulces acentos... entonces por una fuerza misteriosa por el mágico sonido de una frase de amor han desaparecido con increíble y vertiginosa rapidez las nubes sanguinolentas que se mecían de un modo amenazador y siniestro sobre los pueblos abatidos por el infortunio, hemos visto disiparse los sombríos celages en cuyos formidables pliegues se ocultarán por tanto tiempo mil lágrimas de dolor.

Por eso, como por convicción y temperamento somos agenos á esas luchas en las que se derrama la sangre á torrentes como nosotros amamos á todos nuestros hermanos; como quiera que nuestro constante afán será siempre que los hombres se unan en estrecho lazo de eterno cariño á fin de marchar al verdadero progreso por la senda de los deberes religiosos y sociales, al resonar en nuestros oídos el

mágico nombre de la paz, se dilata dulcemente el corazón acariciando para el porvenir horas de eterna ventura.

Por eso, ne cesaremos de rendir culto á esta hermosa deidad que tanta dicha nos ofrece, y cultivando con afán creciente esta planta benéfica, esta hermosa flor cuyo aroma embalsama el ambiente que respiramos, habremos contribuído al bienestar de los pueblos y naciones, probando de este modo que deseamos la ventura y felicidad de la pátria que nos vió nacer.

La dulcísima paz con su poderoso influjo, hace enmudecer los tonantes bronce guerreros; ella con su soplo divino apagará los tristes acentos del bélico clarín que por doquier anuncia muerte, sangre y exterminio: la paz hará que los extensos ciales se conviertan en dilatados campos de doradas mieses donde los estivos cierzos después de levantar gigantes olas de oro, lleven la esperanza al laborioso y sencillo labrador. La paz, finalmente, si llega un día á vernos unidos para siempre en derredor de su magestuoso trono, nos tenderá su mano de noble amiga y deramará tierno llanto: llorará si; porque tambien la alegría llora, tambien vierte lágrimas la felicidad.

Cuando la mano de esta hermosísima deidad, borre por completo del gran cuadro de la sociedad esas escenas terribles que ensangrientan las bellas páginas de las naciones, un prolongado suspiro se escapará de su alma y una dulcísima sonrisa asomará á sus lábios, y no debe extrañarnos que entonces

sonría porque, si nos fijamos en las tristes escenas de la guerra, si recordamos los detalles terribles de esta plaga social, comprenderemos todo el valor de aquel tierno suspiro todo el júbilo y entusiasmo de aquella sonrisa.

Sabido es que la guerra, solo puede dejar en el corazón recuerdos de amargura y de dolor; y decimos amargos recuerdos, porque la guerra, no consiste precisamente en el plomo ó el acero enemigo: no; con la guerra, camina el incendio, la destrucción y en último término la peste, el contagio, la epidemia que diezma las familias, los pueblos y las naciones, y aunque es muy triste confesarlo, preciso es decir que, no es posible conocer las huellas de las huestes que pasan por una comarca, no es posible decir si fueron amigas ó enemigas, porque unas y otras dejan en pos de sí lágrimas y miserias, y al fijarnos en un sitio donde se libró una batalla, no podemos menos de exclamar «¡Pobre país! pobres pueblos pobres agricultores!» Sí; al registrar el lugar donde se vertió tanta sangre de hermanos (casi siempre inútil é infructuosa,) sin duda alguna nos llegaremos á estremecer, al contemplar una extensa llanura semicarbonizada, en la que á duras penas se distingue el verdor de alguno que otro árbol que por casualidad quedó en pié, una llanura, en que ayer se ostentaban hermosos viñedos, doradas mieses, hoy... ¡no queda nada! solo charcos de sangre, hacinas de cadáveres.

¿Véis ese montón de ruinas? Pues oid: eso era un pueblo que ha sido arrasado: sus moradores, los

que no han muerto, huyeron. ¡Qué dolor! y es que la guerra solo deja en pos de sí cenizas, pues lo que no puede llevar consigo, lo quema. Cuantas veces hace lo mismo con los cadáveres que rara vez entierra. ¡Enterrar!

Esa obra benéfica solo es propia de la paz: porque la guerra es pobre: la guerra no conoce la misericordia, no da sepultura, el fuego y el viento son los encargados de tributar los últimos homenajes á las víctimas. ¡La guerra! ¡Ay! ¡Pobres madres! ¡Para esto amamantásteis á vuestros hijos!!!

¡Cuántas esperanzas frustradas! ¡Cuántos afanes perdidos! Si: porque aquel pequeñuelo que un día y otro día, una noche y otra, os sonreía en la cuna, aquel, que más tarde aprendía á orar en vuestro regazo; que después, os distraía con sus juegos infantiles: y más tarde os servía de consuelo en vuestras aflicciones... aquél pedazo de vuestro corazón, acaba de ser hecho trozos por cien balas que á un tiempo le hirieron: después, despiadados merodeadores le despojarán de sus vestidos y las aves de rapiña se cebarán en el cadáver de aquel pedazo de vuestras entrañas, que al caer bañado en su propia sangre, próximo á exhalar su último aliento, os mandaba tal vez en un suspiro su filial corazón diciendo al caer en tierra ¡ay madre mía!!!

Y si nos paramos á contemplar el terrible cuadro de la guerra en conjunto, ¿qué podremos ver? ¡Ah! qué horror! Campos talados, poblaciones destruidas, cadáveres insepultos; y aquellos sitios donde horas antes se cernía la muerte, y dos masas de

hombres se chocaban con ciego frenesí, los veremos desiertos por completo. Ahora convenía describir una batalla para que nuestros lectores pudieran apreciar en todos sus detalles el tristísimo espectáculo de la guerra, más no es preciso, porque un combate para horrorizar, no se necesita que se oiga las robustas voces de sus cañones, el silbido de sus balas, ni el martilleo de las bayonetas y sables esgrimidos con furor. No: no es preciso escuchar los dolorosos ayes de los moribundos, ni los gritos de triunfo de los vencedores para tener aversión á la guerra; basta que consideremos que es un espectáculo de horrores, y que sola deja en pos de sí lágrimas de desventura: Por eso, acariciamos la paz, que radiante y bella como la mirada de un querube sonríe al mundo, sonríe á los pueblos y naciones desde su régio escabel de consuelo y de bendición, por eso quisiéramos que todos nuestros lectores escucharan la voz tierna y simpática de esa esbelta matrona, que es á no dudar, como los acordes de las liras que pulsan los serafines en el cielo; y brilla mucho más la aurela que circunda las sienes del ángel de la paz que la corona que ciñe la frente de la fatídica deidad de la guerra; la aureola de la paz es inaccesible; la corona de la guerra es de pobres flores regadas con sangre, que en breve se marchitarán; el aroma de una, llena de espasión el alma; los laureles de la otra, fueron entrelazados con los tristes suspiros de muchas madres desventuradas; las páginas del sublime poema de la paz, son páginas brillantes escritas con las perlas del benéfico

rocío de la dicha: los anales de la guerra, escritos están en su mayor parte con caracteres de sangre, en donde cada canto es un suspiro de dolor, cada episodio una lágrima, cada pensamiento, una amargura.

En fin, y para terminar estas mal pergeñadas líneas, aconsejaremos á nuestros benévolos lectores, que no desoigan jamás la voz simpática de la paz, esa voz que repiten con un amor santo las madres cariñosas, cuando apartados están de su regazo los pedazos de su alma; voz que repiten también los hijos cuando por una forzosa y terrible necesidad, se ven privados de las tiernas y amantes caricias de sus madres queridas. Voz, finalmente, que todo corazón noble, todo pecho honrado debe repetir, porque así como la guerra solo lleva en pos de sí luto, amargura, dolos y muerte, la paz sabe derramar constante la alegría en el corazón, la ventura y felicidad y el verdadero progreso en el seno de las familias de los pueblos y de las naciones.

Glorias de Alcalá.

Si es cierto que la memoria de aquellos ilustres héroes que enaltecieron los timbres de nuestra patria, es un legado precioso que debemos transmitir íntegro á las generaciones que nos han de suceder; si la constante experiencia vino siempre demostrándonos que los pueblos del mundo civilizado adquieren y adquirieron un engrandecimiento tanto más importante y provechoso, cuanto mayor fué siempre el número de sus grandes empresas y de sus grandiosas conquistas, también es una verdad innegable que en el anchuroso campo de la Religión Santa, y al amparo del Código divino sellado por el Hombre Dios supieron los pueblos hacerse grandes é invencibles, y después de romper los fuertes hierros de sus cadenas, hicieron brillar en el horizonte de su vida, los refulgentes rayos del progreso cristiano de las Ciencias y de las Artes, que son y fueron siempre el más sólido fundamento de su dicha, de su bienestar y de su grandeza.

Por eso hemos visto que las Ciencias, las Artes, la Literatura, la independencia, la unidad española y todo lo que hay de grande y heroico de nuestra Pátria, todo ha nacido, todo se desarrolló al amparo de los principios salvadores de aquella religión fundada por el Hombre Dios, que vino al mundo á destruir las cadenas de la tiranía y á pronunciar el nombre sublime de salvación.

Por eso, no nos debe causar extrañeza que el pueblo complutense, cuando llega un momento como hoy, cuando llega un día como el presente, se confundan los intereses y aspiraciones, y deponiendo todas y cada una de esas pequeñas diferencias que más de una vez son el origen de grandes males olvidando antiguas rencillas y aún prescindiendo de apreciaciones más ó menos sistemáticas, llegue un instante en que identificado y unido como una sola familia, enchido de un noble entusiasmo, recuerde las glorias de sus mayores, entonando un himno de triunfo que sea la expresión de sus generosos sentimientos.

Y de aquí que nosotros al escuchar los nobles acentos del pueblo complutense, preguntemos llenos de ansiedad ¿Qué sucede hoy ó que fiesta se celebra en la Pátria del príncipe de los ingenios españoles? Nadie responde á nuestra pregunta: Pero observamos á la aurora, y vemos que sonríe de placer y se engalana con sus preciosos atavíos para saludar á Alcalá: contemplamos á las aves, y vemos que al surcar el *aire* entonan trinos melodiosos que se mezclan con los suspiros del pueblo complutense:

escuchamos las ondas del Henares, y en su tranquila marcha preludiando van un himno, que inunda el alma de consuelo: miramos en derredor de Alcalá y vemos que las muchedumbres se dirigen al centro de la ciudad, ansiando penetrar en el magnífico templo Magistral: escuchamos el majestuoso repique de las campanas, y aquellas con sus lenguas de metal anuncian sin cesar las maravillas obradas por el Dios de la creación. Finalmente, seguimos al pueblo complutense, y con él penetramos en el augusto templo, é instintivamente doblamos humildes nuestra rodilla delante del altar Santo, en cuyo centro admiramos una magnífica Custodia que guarda 24 *Santísimas Formas*. ¡Ah! Ahora comprendemos que son grandes y muy poderosos los motivos que tiene la Ciudad de Alcalá para llenarse de júbilo y un noble entusiasmo al recordar que el Dios de la Clemencia se dignó elegir esta ciudad, como trono de su piedad, quedándose con los complutenses hasta el fin de los siglos para dispensar sus gracias, sus consuelos desde el fondo del tabernáculo. Ya no nos extraña que los habitantes de Alcalá, entonen en este día cien himnos de gratitud, ante el altar Santo, ante Jesús Sacramentado, ante esas 24 *Santísimas Formas*, que son la alegría del pueblo complutense, y la gloria y entusiasmo de los que por fortuna nos cobijamos bajo el manto protector del catolicismo.

Si nuestros lectores tienen un poco de paciencia, referiremos la historia de tan singular prodigio: «*Las Santísimas Formas* que á la pública adoración

»se vienen exponiendo en la Santa Iglesia Magistral
 »fueron robadas de tres distintos Sagrarios el año
 »1597, y entregadas al R. P. Juan Juarez de la
 »Compañía de Jesús en el mes de Mayo de dicho
 »año. Aquel venerable religioso las hubiera consu-
 »mido tan pronto como el penitente se las entregó
 »pero al recordar que los moriscos habían envene-
 »nado ya por este medio ruin y miserable á varios
 »sacerdotes en Murcia Segovia y otros puntos, las
 »colocó en una caja, en el altar mayor de la antigua
 »iglesia de la Compañía, con un papel que por fue-
 »ra decia, así «*Léase este papel y á su tiempo, há-*
 »*gase lo que en el se consigna*» y dentro decia lo si-
 »guiente. *Estas Formas se tiene por cierto están consa-*
 »*gradas, pero que sospechando si estarían envenena-*
 »*das se pusieron aquí para que cuando, con funda-*
 »*mento se juzgase estaban corrompidas las especies, se*
 »*lleven á la piscina de alguna iglesia y allí, se consu-*
 »*man.*»

Al lado del altar mayor, es decir en el sitio que
 colocara el P. Juarez, las Santísimas Formas estu-
 vieron por espacio de 11 años, y viendo que cada
 día estaban más frescas y hermosas, mandó el visi-
 tador el P. Luis de la Palma que fueran colocadas
 en una bóveda subterránea con el fin de que «la hu-
 »medad las corrompiese. Allí estuvieron un año, y
 »poniendo junto con ellas otras formas sin consa-
 »gradar, se observó que al poco tiempo, las no consa-
 »gradas, habían entrado en descomposicion. Visto lo
 »cual, por el P. Bartolomé Perez de Nuevos, ordenó
 »el año 1609 que fueran restituidas al sitio primitivo

»en que fueran colocadas por el R. P. Juan Jua-
 »rez, y seis años después ó sea en 1615, el padre
 »Palma, en la segunda visita que giró como Pro-
 »vincial dió público testimonio de haberlas hallado
 »incorruptas.

»Ultimamente, se colocaron en una primorosa
 »custodia que es la actual y que fué regalo del
 »Exmo. Sr. Cardenal Espinola, y se colocaron en el
 »Sagrario, y más tarde el día 25 de Abril de 1620
 »las Santísimas Formas incorruptas salen por vez
 »primera en triunfo por las calles de esta ciudad y
 »el Monarca Felipe III con toda su Real familia,
 »uniendo sus cánticos de alabanza á los ecos de en-
 »tusiasmo del pueblo complutense, rendía su cetro
 »y su corona ante el Rey Supremo del Universo,
 »oculto en las Santísimas Formas que son la gloria
 »de la ciudad de Alcalá de Henares y el consuelo
 »y esperanza de todo corazón atribulado.

Por último, extinguida la Compañía de Jesús
 en esta ciudad, fueron trasladadas á la Santa Iglesia
 Magistral en la tarde del 20 de Abril de 1767, en
 donde las veneramos actualmente, llenos de amor y
 de esperanza. No es posible consignemos en un ar-
 tículo, cuantas declaraciones se hayan tomado para
 asegurarse de lo maravilloso de su incorrupción,
 ni es fácil referir las pruebas á que fueron sometidas
 las Santísimas Formas en el trascurso de mu-
 chos años para cerciorarse de tan sin igual prodigio.

Sin embargo, para seguridad de los fieles, nos
 basta consignar, que la Iglesia tiene declarado ser
 sobrenatural y milagrosa la incorrupción de las San-

tísimas Formas: que los romanos Pontífices han concedido jubileo plenísimo á los que visiten la Iglesia Magistral en la fiesta que anualmente se celebra: que consta de documentos auténticos el unánime parecer de todos los Doctores de esta célebre Universidad en Junta celebrada el 8 de Julio de 1619, ante notario público; que no se ha omitido prueba incluso el fraccionamiento de algunas de ellas, para declarar su milagrosa incorrupción, y por último, que *doscientos ochenta y cinco años* creemos sea bastante testimonio elocuente de tan singular prodigio obrado en la Pátria de Cervantes.

Bien hayas patria mia, cuna de la literatura, de las ciencias de las artes y de la grandeza: el Henares te manda en este día en que celebramos tu principal gloria, el Henares te envia sus frescas brisas, envueltas en dulcísima armonía que resonará cerca del tabernáculo de nuestro consuelo, al mismo tiempo que se escapará de nuestros pechos cien suspiros de gratitud, cien plegarias de amor ante Dios Sacramentado.

Bien hayas ciudad de Alcalá, bien hayas patria mia, que ostentas al admirado viajero, *ese Tesoro* que aumenta nuestra esperanza, esa fé que embellece nuestras glorias, y esa Custodia que engrandece nuestra fé. Hasta la naturaleza se engalana para rendirte tributo, y hasta parece que el azul del cielo ostenta su color más puro y trasparente, para que podamos ver mejor *esas 24 Santísimas Formas*, que son nuestra gloria y nuestro noble entusiasmo.

Salud, Ciudad de Alcalá; ¡Salud! Pulsad vues-

tras liras nobles complutenses, los que sintais arder en vuestros pechos la llama de la fé; cantad las glorias de Alcalá; acentos y cantares confundánse en embriagadora armonía y pueblen los aires dulces acordes que crucen la inmensidad del espacio, que traspasen la morada de los ángeles, y que sean como los ecos misteriosos de una plagaria de amor los suspiros dulcísimos que los complutenses exhalamos ante las 24 *Santísimas é incorruptas Formas*.

Un consejo á los Gobernantes.

Identificados en absoluto con todo aquello que tiende al establecimiento de la *justicia* el *orden* y la *moralidad*; deseando al propio tiempo, que estos tres elementos de ventura, no sigan por más tiempo adaptándose únicamente á las exigencias de los menos, y al veleidoso capricho de los mas, sino que magestuosos y decididos, continuen la senda que conduce á los pueblos, al progreso verdadero, y á un inalterable bienestar, nos hemos atrevido á acercarnos al camino por donde deben ir, ó por donde deben pasar dichos elementos de civilización, y en alas de nuestro constante afán por la prosperidad y dicha de la Pátria del Principe de los Ingenios, procuraremos en cuanto nuestras débiles fuerzas lo permitan coadyubar á la realización de las nobles esperanzas de que parecen estar animados los que hace poco se encargáran de administrar y defender los intereses de la Ciudad de Alcalá de Henares.

Ineptos y muy pequeños nos conceptuamos pa-

ra poder aconsejar, á quienes tanto por su claro criterio, como por una larga experiencia tienen sobrados motivos para comprender cual sea la marcha que deban seguir para encauzar todos y cada uno de los arroyuelos que constituyen el río caudaloso del Municipio. Demasiado sabemos que la prosperidad y el porvenir de los pueblos, depende única y exclusivamente de las nobles y rectas intenciones de los gobernantes y de la sumisión y respeto de los gobernados.

Pero como entre gobernantes y gobernados ocurre desgraciadamente que más de una vez surgen cuestiones que imposibilitan realizar las más nobles aspiraciones; como más de una vez sucede que la empresa más heroica, es interrumpida por la mano terrible de la fatalidad, hemos querido buscar el origen de estos tristes sucesos, y cuando hemos visto que la soberbia, es la que destruye, ó quiere destruir el templo del progreso y la moralidad, nos hemos aprestado para combatir al terrible enemigo que por desgracia en mal hora se entronizara en la sociedad entera.

Ya en otro artículo procuramos manifestar, cuan terribles son los males que la mano del envidioso siembra en el seno del individuo y de la familia.

Ya, aunque á grandes rasgos, trazamos el cuadro repugnante que ofrece un pueblo, cuando en él se destaca la figura miserable de la envidia. Ya en otra ocasión, dimos la voz de alarma, para que los hombres pudieran defenderse del poderoso enemigo

del lujo, que es una de las fatales plagas que tienen postradas á las Naciones. Y como quiera que nuestro constante deseo, es contribuir á nuestro modo á la dicha y prosperidad de nuestra Pátria, no deberá extrañar á nadie que hoy con mano fuerte tratemos de evitar que la gangrena de la soberbia se estienda como hasta aquí causando males sin cuento.

Cuando vemos que el hombre en alas de su amor propio llega hasta el punto de formarse una idea muy elevada de sí mismo, este exceso de amor propio, degenera indefectiblemente en el vicio ruin y detestable que nos ocupa.

La soberbia ya se presente bajo una forma ú otra, ya se de á conocer con los nombres de orgullo presunción, jactancia ó pedantería, es siempre una pasión que ciega á los pueblos que se dejan dominar de tan terrible tirano para vivir en la inacción y en el decaimiento.

El soberbio, que siempre y en todas ocasiones cree tener sobre sus semejantes cierta superioridad, llega después el momento en que cae del pedestal de su arrogancia, para arrastrarse constante en el lodo de la degradación.

¿Qué razón puede asistir al que siendo rico y poderoso, goza despreciando al que nació pobre y miserable?

De aquí, que veamos que los que de este modo se conducen, se hagan siempre odiosos á sus inferiores que constantemente desean su perdición, por que en vez de encontrar en él su padre compasivo y cariñoso, solo contemplan con horror un ti-

rano que los esclaviza, concluyendo por revelarse de un modo terrible contra el miserable que azota cruel y sin compasión su cara con el látigo de la soberbia.

La soberbia, queridos lectores, es una rémora fatal que impide la marcha de los que con la mejor intención deseáran la realización de las más heróicas empresas. La soberbia es cual buitre de Prometheo que se ocupa en desgarrar las entrañas de la madre Pátria. La soberbia enemiga irreconciliable del *bienestar, del orden, de la justicia y de la moralidad*, solo puede llevar al corazón de los pueblos gérmenes de anarquía y desmoralización. La soberbia, impelida por el terrible séquito de los fatales vicios que engendra, se opone de un modo terrible al cumplimiento de los heróicos actos de la equidad y de la justicia, y cual feroz avalancha destroza cuando á su paso encuentra, dejando á los pueblos anegatos en lágrimas y sumidos en la más espantosa miseria.

Ella, fué la que hizo que Roma á pesar de sus glorias, de sus conquistas viniera á pasos ajigantados al tristísimo estado de la decadencia.

Ella, la que forjó las tristes cadenas que por muchos siglos pesáran sobre el pueblo español, cuyas lágrimas se confundieran con las revueltas ondas del Guadalete, contemplando la agonía de la monarquía de los Godos, llanto, que no se extinguió hasta el momento en que en las hermosas riberas del Genil, lanzaba el último suspiro el ignominioso poder de la *media luna* para rendir forzoso home-

naje á D. Fernando de Aragón y D.^a Isabel de Castilla que triunfantes abrian las puertas de Granada.

La soberbia, finalmente, es el más formidable enemigo que puede oponerse á la marcha magestuosa de la justicia y moralización.

Por eso, si encontramos en la calle, en la casa, en el templo, en la ciudad, donde quiera que sea, un pueblo, una familia, un individuo de continente altivo y arrogante, que va siempre con la cabeza erigida, que habla poco y cuando lo hace es de un modo desdeñoso, que apenas se digna contestar cuando le dirigen la palabra, que se irrita sino le saludan, que gusta de la adulación y la lisonja, y que demuestra en todos sus actos la satisfacción más completa, debemos huir de semejantes seres y sin temor de equivocarnos podremos decir, *este es un soberbio*, ese es un estúpido y miserable orgulloso.

El Ciego.

Reflexiones sobre uno de los seres más desgraciados de la tierra.

Sí es una gran verdad que la memoria de los grandes héroes y esclarecidos ingenios que enaltecieron los timbres de la Pátria, legando á la prosperidad el testimonio de sus triunfos; si el recuerdo glorioso de los esforzados campeones que un día estremecieran al mundo con el estrépito de sus carrozas y de sus formidables ejércitos, nos impulsan más de una vez á cantar las victorias y las conquistas de aquellos atletas intrépidos, también es verdad que alguna vez y muchas veces debieramos ocuparnos en celebrar á otros héroes, que si bien su existencia pasa casi desapercibida puesto que se desliza en un espacio de sufrimientos y de lágrimas, no es menos su valor ni su heroismo, dada la titánica lucha que tienen que sostener estos héroes que desprovistos de armas y de más medios de defensa,

saben combatir con arrojo, y aún sonreír con valor ante el formidable enemigo del infortunio.

Hablamos, pues, del pobre ciego, y á este desgraciado mortal queremos consagrar estas líneas, sin más objeto que mitigar algún tanto su pesar, é inclinar el ánimo de nuestros lectores en *pró* de estos séres desventurados, tan dignos por todos conceptos de nuestra noble conmiseración y respeto.

Esos infelices que cruzan la existencia con el triste apellido de *desheredados*, son efectivamente los *ciegos* que careciendo del más importante de los sentidos, viven condenados á las constantes tinieblas de una noche tan triste y tan pesada como su vida.

Séres para los cuales, el día más brillante, la aurora más pura, la atmósfera más serena y el firmamento más azul, tan solo les ofrece, cuando más, el calor de un astro sin brillo ó de un sol sin resplandores; séres, para quienes las flores, esos broches magníficos de color variado que misteriosamente enlazan nuestra vida á la vida de las plantas, brillantes pinceladas que resaltan en el sublime paisaje cuyos gigantescos rasgos trazára la cariñosa mano del Eterno: esas flores cuyos delicados matices engalanan el hermoso manto de la primavera: esas flores que impulsadas por la suave brisa se mecen magestuosas sobre su tallo, esas flores, en fin, adorno del vergel, encanto delicioso de la vida, lenguaje misterioso del amor, son en conjunto para el pobre ciego un libro perfumado, sí, pero que tiene en blanco sus hojas. ¡Ah! ¡Pobre ciego!

El mar, que más de una vez dilata el corazón,

al contemplar su inmensidad, ese mar que corona sus encrespadas olas, con espumosos copos de rizada nieve; ese mar, que levantando su soberbio pecho hasta que parece tocar las nubes, para venir después á besar humilde las doradas arenas de la playa; ese mar finalmente que cual bruñido espejo, reproduce sin cesar el firmamento, haciendo gozar indefinibles encantos á la vista, reserva tan solo al pobre ciego el pavoroso estruendo que retumba en torno, cuando la voz terrible de la tempestad llama á su lado á las rompientes olas que con furor se estrellan.

¡Que triste es todo para el ciego! Durante el día no puede admirar la alegría que por doquier derrama el primer astro, al bordar con sus dorados rayos la feráz campiña. La luna, esa argentada lámpara suspendida de la bóveda del firmamento que vierte con sus rayos un misterioso encanto que convida á la meditación, esa luna que trenza con sus hilos de plata las tranquilas aguas del cristalino arroyo, ¡ay! esa luna finalmente, no alumbrará jamás la eterna noche del ciego, pues la suerte es muy avara con los goces materiales de ese sér inofensivo, de ese que constantemente se agita en su triste desventura.

El *olfato*, el *tactò*, el *gusto*, el *oído*, son sin duda alguna, elementos muy esenciales para nuestra existencia; pero ninguno es tan importante como el primero de los sentidos, como el don inapreciable de la vista.

Por eso podemos con certeza decir ¡Cuántas delicias hay vedadas al pobre ciego! Y sin embargo

por un admirable contraste, *este sér* á quien la creación oculta tesoros inmensos de emociones y abundantes raudales de placer, *este sér*, está dotado de una alma sensible, y de un corazón compasivo y amante, y en medio de su triste amargura, la bendita resignación le envuelve en su misterioso manto para hacerle menos cruel su desgracia, hasta el punto de poder hallar atractivos en la vida, á pesar del infortunio que devora su existencia.

El amor, esa fuerza mágica que por la ley de atracción sustenta los astros en el espacio, esa dulce unión que la Iglesia santa purifica, que la virtud completa, y que la Religión cristiana encamina á la eterna posesión de dicha perdurable, *ese amor* es uno de los goces más legítimos para el pobre ciego.

Él ama profundamente, porque ama con el poder de su exquisita sensibilidad. Para el ciego, la belleza que fascina, es la belleza del alma, que él sabe traducir por la dulzura de las palabras, por la bondad de los sentimientos, por la espontánea manifestación del cariño, puesto que la belleza ó la fealdad material de la persona, es un lenguaje incomprendible para este sér desventurado que no puede disponer de otros ojos, sino de los ojos del alma.

El alma del pobre ciego, ansiosa al mismo tiempo de emociones, goza en medio de su desgracia de otras dulzuras inefables en el eco armonioso de los sonidos: el sublime lenguaje de los ángeles, el admirable conjunto de notas que á impulsos del senti-

miento, puebla de acentos melodiosos, de torrentes de armonía el espacio, ó el limitado recinto, es uno de los placeres que más satisfacen las aspiraciones de ese sér resignado, y que olvidando algún tanto su desgracia, se extaxía ante el benéfico influjo de la música, que para todos es un sublime lenguaje del alma.

Pero á pesar de todo, es preciso convenir en que el ciego, es uno de los séres más desgraciados del mundo, porque es muy doloroso estar condenado á no ver jamás esos rasgos profundos que imprime el alma en la faz de los que nos rodean ante la impresión que en ellos producimos: es muy doloroso y cruel no poderse enagenar de felicidad al contemplar el benéfico rostro de aquellos seres á quienes debemos la existencia: es muy triste no ver la conmovedora alegría que, al abrazarnos tras de la ausencia, inunda el rostro del hermano, del amigo, de los séres, en fin, á quien amamos.

¡Oh! Sería un torcedor horrible que desgarraría el alma, si nos affigiera la desgracia de cegar. Por eso, ya que por fortuna poseemos el inapreciable tesoro de la vista, debemos dirigir una mirada consoladora y benéfica á esos séres, para los cuales la vida no es otra cosa sino una prolongada agonía en medio de una interminable noche de sufrimientos y privaciones ¡Pobres ciegos!

Reflexiones

sobre el valor del dinero.

Hay una frase en el gran diccionario de la vida, que por sí sola, constituye un poema, cuyos cantos son tan distintos y tan variados, como múltiples y distintas son todas y cada una de las diferentes escenas que tienen su desarrollo dentro del gran drama social.

¡El Dinero!!!! Hé aquí, tres sílabas que forman ó constituyen un idioma articulado, en sonidos claros y vibrantes: frase, cuyo acento conmueve hasta el fundamento de los pueblos y más de una vez envuelve en su brillante nombre la ruina más degradante y vergonzosa de un sin número de familias; pues esta palabra, tan mágica como terrible, evoca con su poderoso influjo, unas veces al arcángel beuéfico de la más dulce alegría, otras al genio terrible del infortunio y del dolor.

La experiencia, esa maestra tan severa como justa, ese juez inexorable pero infalible, ese amigo

tan sincero como noble, es indefectiblemente el que todos los días y á todas horas, nos dá lecciones sublimes de mundo, siquiera sea á costa de nuestras más caras afecciones. Este maestro generoso, es el encargado de hacernos comprender que el *dinero*, es una especie de ídolo con dos caras, semejante á la estatua del templo de Jano en donde la una cara representa el bien, y la otra que simboliza el mal; puesto que más de una vez sucede, que el mismo *dinero, la misma moneda*, que evita la perdición de un individuo, y aún de una familia, contribuye tal vez á la ruina y deshonor de la otra. La moneda que salva la vida de un desgraciado, sirve también para pagar el puñal del asesino, dispuesto á arrebatár otra vida inocente.

El dinero que aparta á un ser de la repugnante esfera del vicio, sirve con gran frecuencia para hundir á otro en el abismo del crimen, y en la más cruel degradación. El dinero, que paga el asídúo trabajo de constantes sudores y desvelos, sirve para alimentar también la pereza, la holganza y la indolencia. El dinero, finalmente, que es un venero inagotable de delicias, placeres y comodidades, es á la vez un verdugo, que hace aborrecer esas mismas delicias, que suele matar con el abuso destruyendo al mismo tiempo la sensibilidad y la ilusión.

Y sin embargo de todo esto, el *dinero el oro*, es la cuestión palpitante que absorbe todos los pensamientos, y que preocupa casi todas las inteligencias; es el gran problema por cuya solución se afana casi toda la humanidad, sin comprender, ó sin querer

muchos entender, que al eco poderoso de este metal, se despiertan sin remedio en el alma toda esa horrible falange de pasiones, que sirven tan solo para hacer más triste y dolorosa la existencia de las criaturas. Á la voz del *oro*, se presenta la *avaricia*, y al tremolar en su mano la bandera del metal que nos ocupa, al izar al viento el estandarte de este gran monarca de la tierra, gran parte de la humanidad suele doblar la cerviz, y hasta los más entusiastas partidarios de la destrucción completa de los tronos, imperios, y dinastías, arrojan muy lejos de su lado la tea incendiaria y el puñal para tomar en su mano el laud de la ambición, y cantar un himno de amor ante el *dios oro*, bajo cuya influencia se agita ya su corazón tan pequeño como miserable.

También el dinero sirve para despertar la soberbia que, ejerciendo en la sociedad su maléfico influjo, la azota despiadada, porque disponiendo de los recursos que el *oro* la proporciona, hace á la humanidad tributaria, y cual buitre de Prometheo, roe sin cesar sus entrañas.

El dinero también llama á las puertas del templo del *Lujo* que es sin duda alguna la plaga social más terrible, el torrente que invade todas las clases; la avalancha que troncha las más hermosas flores del sentimiento, arrancando más de una vez de raíz el árbol frondoso de las virtudes, y bajo la insolente prodigalidad de gastos innecesarios se entronizan las más vergonzosas pasiones llegando éstas á romper hasta los sagrados lazos de la familia, y á

pesar del raso y del terciopelo, no puede ocultar la horrible figura de un corazón prostituído y que late únicamente movido por el afán del oro.

En nuestra humilde posición, no podemos negar que el *dinero*, ha sido y será siempre la base sobre la cual se podrá levantar el edificio de ciertas y determinadas comodidades; pero al mismo tiempo confesamos que, lejos de ser su poder absoluto en la sociedad, es casi siempre una especie de escollo donde tropiezan con frecuencia las virtudes que necesariamente vienen á perderse en el *interés* como se pierden los rios en el anchuroso mar.

Todos sabemos que existen seres que en el carnaval de la vida, suelen encubrirse con el antifaz de la virtud: y hasta la honradez, la caridad, la amistad, el amor, y todos cuantos sentimientos son susceptibles de envolverse en una engañosa apariencia por deslumbrar al mundo, ceden muchas veces á la poderosa acción del *oro*, puesto que, como desgraciadamente podemos observar, hay hombre á quien la perspectiva de una pingüe dote, le impulsan á arrastrarse por el suelo y á descender de bajeza en bajeza hasta la más humillante degradación.

Mujeres hay también, que al impulso de tan codiciado metal, no reparan en hundir su frente en el cieno, y nada las importa cambiar la aureola de la virtud, por el manto miserable del vicio.

El *dinero* que en manos de un ser bondadoso y caritativo, satisface las verdaderas necesidades de sus semejantes, enjugando las tristes lágrimas del infortunio, en las manos del cruel usurero es un

dogal que oprime el cuello de sus hermanos arrancando á sus corazones cien lágrimas de dolor.

Es una verdad que el *dinero* proporciona goces y satisfacciones que no están al alcance del pobre; pero también es cierto, que la verdadera importancia que tiene el oro, no es otra que el buen uso que de él se debe hacer.

Finalmente, el *dinero* lleva siempre consigo una *dualidad*, es decir, que tan fácilmente como puede remediar la desgracia de los unos, del mismo modo puede contribuir á la deshonra y abyección de los demás. De todo lo cual se puede deducir, que lejos de servir el dinero (por sí solo) para labrar la felicidad de los pueblos, no es otra cosa muchas veces, sino un terrible escollo donde con frecuencia se estrellan las más heróicas virtudes; un Oceano donde se sumergen muchos infelices; un elemento perturbador que lleva más de una vez al seno del individuo y de la familia el gérmen de la triste desventura, puesto que el hombre metalizado, descendiendo del pedestal de la honradez, para arrastrarse por el fango de la ambición, llegando por último á ser (á pesar de su oro,) el sér más odioso y despreciable que puede existir en la sociedad.

Fundamento de la felicidad de los pueblos.

Todos debemos suponer, y con toda certeza sabemos, que una de las más estrechas obligaciones de los gobiernos constituídos y de los hombres que por su posición y por su ciencia sirven de esplendentes faros á los pueblos, debe indudablemente ser la propagación de la moral, toda vez que el individuo, en las varias y múltiples necesidades de la vida, tiene precisión de sanos y saludables consejos que le guíen al templo de la dicha y de la tranquilidad, donde en suave y hermosa armonía pueda establecer y estrechar las relaciones con sus semejantes.

Los antiguos y sábios legisladores, ardiendo en el deseo de labrar la ventura y un verdadero porvenir para la sociedad, tuvieron un especialísimo cuidado de formar una hábil amalgama entre los deberes religiosos y sociales de los pueblos y los deberes de las sociedades civilmente consideradas, y por medio de la correlación que entre ambas legislaciones

establecieran, consiguieron implantar con solidez el fundamento de la moral, que entonces (como ahora) no es ni puede ser otra cosa sino la práctica de la *virtud*, que es la síntesis de la ventura de los pueblos y el fundamento de la grandeza de las naciones.

La virtud (como dice muy bien un sábio filósofo de nuestro siglo) es *el corazón del alma, como el amor es el alma del corazón*; la virtud es el lema sagrado que con caracteres de oro escriben los querubes en el magnífico estandarte que conduce á la victoria á todos aquellos pueblos que la practican; la virtud, es el cielo en la vida donde reverberan los destellos todos de la hermosura de la tierra, para confundirse después con las celestes bendiciones y los divinos encantos; ella, es la lluvia que disipa las tempestades del alma; ella es el benéfico rocío que fecunda las flores del corazón; la virtud, finalmente, es la que imprime en la fisonomía de las naciones *ese no sé qué* misterioso y sublime que las engrandece, sosteniéndolas al propio tiempo en el magnífico pedestal de su poderío.

La virtud, nos recuerda esa ley constante y eterna por medio de la cual se perfecciona la humanidad, emprendiendo con un noble entusiasmo la hermosa senda del trabajo; la virtud, nos enseña que lo mismo el primer hombre que formó la primera familia y la primera sociedad, que todos los siglos que de aquella nos separan, todos han venido eslabonándose para formar la misteriosa cadena de la historia, y lo mismo en la agricultura que en la industria, en las ciencias como en las artes, en el cam-

po material como en el intelectual, en la esfera religiosa como en la política, todos tuvieron y tenemos necesidad de rendir un justo homenaje á la virtud y encaminar á la humanidad por la senda del trabajo, á su progreso moral y á su completo perfeccionamiento.

Por eso, la primera virtud que deben practicar los pueblos es, sin duda, la noble virtud del trabajo, que es la ley constante de la humanidad, puesto que impulsa al hombre á buscar ya en las entrañas de la tierra, ya en la superficie, unas veces en la región del aire, otras en el abismo de los mares, no solamente lo indispensable para la vida, sino que tambien otros elementos, otras sustancias para hacer ménos triste y penosa la existencia.

Por medio de la virtud del trabajo, el hombre adorna sus sienes con la hermosa aureola de las ciencias y de las artes, que indefectiblemente brotan al calor de esta virtud regeneradora y sublime. Y no vacilaremos al asegurar que el trabajo, considerado como virtud, al mismo tiempo que imprime en los pueblos un sello magnífico que los distingue de los demás, hace que se levanten intrépidos del lecho de la indolencia y de la ociosidad, para brillar sobre el pedestal de la verdadera grandeza y para ejercer su benéfico influjo en el seno de la sociedad.

La historia; ese gran libro de las pasadas edades, nos dice en su mudo pero elocuente lenguaje, que las naciones que más progresaron y que más felices vivieron en contacto con la naturaleza, fueron aquellas que, huyendo de la ociosidad y de una criminal in-

dolencia, supieron rendir culto á la virtud heroica que nos ocupa; y nosotros aseguramos que tendrán ventura y una dicha constante todos los pueblos que, arrobados en dulces meditaciones, canten á la hermosura de esta virtud sublime, como cantan las áuras del estío la belleza de las flores que exhalan su perfume en el solitario valle.

El hombre, sin estar adornado de esta virtud, es únicamente una sombra que pasa, sí, pero que no deja estela en el mundo: es una flor descolorida y mística que ni arrullan con sus suspiros las áuras, ni las aves cantan junto á ella sus amorosas quejas; un pueblo, finalmente, sin esta hermosa virtud, es semejante al infeliz ciego que vive condenado á las constantes tinieblas de una noche tan larga y tan penosa como su vida y de precipicio en precipicio se derrumbára por la pendiente de la desventura, hasta llegar al abismo de los más degradantes vicios, que enervarán su espíritu haciéndole impotente para la lucha.

Por último, así como la virtud del trabajo es el fundamento, el escudo, la salvaguardia de los pueblos puesto que los hace nobles, grandes, heroicos é invencibles, la molicie, la holganza, la ociosidad, son las terribles plagas, la gangrena que devora las naciones haciéndolas arrastrar constantemente la miserable cadena del infeliz esclavo.

Misterios del Corazón.

Á pesar de que el hombre sabe descifrar los misterios de la ciencia, y deduce, compara, cuenta, clasifica las obras de la creación, é imprime en ellas la luminosa huella del pensamiento; sin embargo, el corazón se presenta á su observación siempre oscuro, y siempre se resiste al escarpelo de un minucioso análisis, sin que nadie hasta hoy haya podido penetrar en el fondo de sus insondables abismos. Todos hablamos del corazón humano, todos nos ocupamos de las luchas del alma, pero ninguno puede lisonjearse de haber examinado los misterios de esta incomprensible entraña conocida por todos con el nombre de *Corazón*.

Es una verdad innegable que el anatómico, el fisiólogo, podrá acaso precisar su forma, describir sus cavidades, medir la fuerza de sus latidos, contar sus capas musculares y hasta calcular sus movimientos: pero el que admira en el humano corazón, el órgano de las grandes funciones del sentimiento y

de los fenómenos de la voluntad, casi siempre se vé obligado á suspender su juicio, observando sin comprender, y estudiando finalmente sin resultado.

Y esto es, porque en todos sus aspectos, en todas y cada una de sus fases, tiene algo que no se alcanza á comprender. Extraordinario y grande en todas sus manifestaciones, presenta las más raras anomalías. Noble en sus arranques unas veces, inspirado en sus resoluciones, embriagado en las delicias de la piedad, ó en los dulces encantos de la maternidad, le vemos llegar hasta el trono de la virtud más heroica y sublime: mientras que en otro momento le contemplamos descender de aquellas elevadísimas regiones, para agitarse en el asqueroso fango de una pasión vergonzosa, ó en el repugnante lodazal de la degradación y del crimen. ¡Ah! ¡Que misterios tan incomprensibles existen en el corazón humano! ¿Cómo explicar, por ejemplo, la emoción de que el brutal Nerón se sentía poseído al leer las obras de sus poetas favoritos? ¿Por qué aquel corazón que sentía una ternura indescriptible al oír solamente recitar los versos de *Molière* tuvo bastante audacia para cometer el asesinato de Marat?

Fijémos nuestra atención, en uno de esos seres desgraciados, que avezados á la ferocidad y al crimen, van dejando siempre en pos de sí una huella terrible, y sus manos teñidas de sangre inocente: ¿creéis acaso que en tales mónstruos se ha extinguido toda la pureza de los sentimientos? Pues... llamadlos la atención con el recuerdo de sus madres, y vereis como asoma la vergüenza á sus megillas,

una lágrima oscila en sus párpados, y una completa transformación se obra repentinamente en su sér. ¿Queréis más misterios?

Trasladémosnos á otro campo: fijémos nuestra atención en otro orden de sentimientos, como en la sed de felicidad que á este mismo corazón devora, y en su movilidad insaciable, en su constante movimiento hácia regiones desconocidas, encontraremos siempre la misma confusión, la misma ignorancia, el mismo misterio, es decir, que siempre será pequeña la inteligencia humana, para conseguir penetrar en sus profundos arcanos.

Por eso, resulta muchas veces que creyendo haber hallado un corazón bondadoso, magnánimo y sublime, alucinados por los mentidos encantos de una sonrisa fingida, y hasta de una lágrima ardiente, no tenemos inconveniente en abrir las puertas de nuestra alma para dar entrada á aquel que, con el falso nombre de corazón amigo, meditaba á través de aquella fatal sonrisa nuestra ruina y nuestra perdición, por que lejos de ser un corazón noble (como equivocadamente creíamos) no era otra cosa que un corazón pequeño, un sér lleno de envidia, un corazón, en fin, miserable.

Es una verdad innegable que la humanidad tiene que lamentar á todas horas escenas terribles que llenan de luto el alma, marchitando al mismo tiempo las hermosas flores de la esperanza, porque tenemos la inmensa desgracia de no poder descifrar los misterios del corazón, que es la residencia de todo lo grande, de todo lo bello, y de todo aquello

que engrandece al individuo, á la familia, á los pueblos y á las naciones. Sí: en el corazón se encierran todas las armonías de la belleza y todas las dulcísimas vibraciones del sentimiento. No dudamos, por último, que existen grandes misterios en el humano corazón, considerándole únicamente en el campo filosófico; pero si esta entraña tan esencial y tan interesante para la vida la examinamos á la luz de la fé, en el campo de nuestra religión, entonces dejarán de ser aquellos misterios puesto que todos y cada uno de los latidos del corazón deberán su movimiento al soplo divino del amor, cuya fuerza misteriosa y admirable abrirá de par en par las puertas del templo de la caridad, en donde todo será dicha, ventura, tranquilidad y bienandanza.

¿Qué es la esperanza?

¡La esperanza! ¡Ah! ¿Quién no siente dilatarse el alma al mágico sonido de este divino acento? ¿Quién no siente latir su corazón al dulce influjo de esta brisa bienhechora? ¿Quién será aquél que no deshoje flores sobre el ara sublime que nos muestra su hermosura? ¿Qué pecho cautivo no cantó un himno ante el trono esplendente de esta deidad hermosa? ¿Qué poeta no la dedicó sus trovas? ¿Qué pintor dejó de trasladarla á sus lienzos? ¿Qué artista, finalmente, no la envió entusiasta el dulce beso de su inteligencia?

¡Ah, sí! Como nuestro deseo hoy no es otro sino el de alentar á los que vacilen en el áspero sendero de la vida, llamamos en torno nuestro á todos los peregrinos de la aflicción, á todos los viandantes del dolor, para que al escuchar nuestras humildes frases, puedan dar tregua á su terrible ansiedad, saturando su alma con los tiernos consuelos que inspirar sabe esta virtud protectora.

Un gran filósofo contemporáneo ha dicho con mucha sabiduría, que la *esperanza*, es la vida, ó que esperar es vivir; y lo dijo sin duda recordando, que la vida es una cadena de esperanzas, así como la esperanza el perfume que embalsama dulcemente nuestra existencia. Por eso creemos que el que no espera es por necesidad muy desgraciado, pues sabido es que la *esperanza* es el amigo fiel que sabe alombrar de vistosas flores el camino de la vida, acariciando nuestras sienes con su benéfico aliento.

La vida sin la esperanza, tiene necesariamente que ser, y realmente es, un horrible caos, donde jamás brillar puede el astro hermoso de la ventura; es un crial donde nunca podemos admirar la belleza y encanto de la modesta flor, ni aún vislumbrar siquiera un pequeño oasis donde descansar de las fatigas de nuestra penosa jornada.

Sin el auxilio poderoso de esta virtud sublime, no podrán ménos de hastiar el alma los dulces sueños de gloria y hasta las más hermosas ilusiones de felicidad; sin esta virtud, finalmente, no podrá ménos de enfriar el corazón el helado beso de la ansiedad y de la duda.

Los que no esperan, no viven; muertos están para la fé y el amor, y no pueden ser otra cosa sino flores místicas que perdieron su perfume, y que fueron arrancadas de su tallo por el vendabal furioso pel frío invierno.

¡Esperanza! ¡Esperanza! ¡Ah! ¡Bendita seas! Cuán dulce es tu influjo poderoso, ya acaricies la frente de la pudorosa vírgen que á través del prisma

de sus ilusiones te distingue en sus ensueños de amor y de ventura, ya bendigas y santifiques las canas de la ancianidad! Tú, virtud hermosa y consoladora, alientas, animas al infeliz náufrago que, perdido en oscura noche, lucha desesperado con las turbulentas olas nacidas á la formidable voz de la tempestad; tú dando tregua al dolor del triste prisionero le concedes ver en lontananza el astro esplendente de la libertad, y cual madre compasiva y tierna, guía nuestros pasos cuando por desgracia nos perdemos en la triste noche del dolor ó cuando nos confundimos en el intrincado laberinto de la vacilación y de la ansiedad.

¡Qué páginas tan brillantes pudieran consignarse al recuerdo de los triunfos alcanzados por esta virtud grandiosa y sublime! Ella fué la que un día acariciára la noble frente de aquel denodado genovés, para verle después arrancar un nuevo mundo del anchuroso seno del Océano. Ella, la que poseionándose del pecho de los antiguos guerreros, hizo que aquellos valientes pudieran consignar con caracteres de oro las hermosas páginas que entusiasta guarda nuestra patria querida. Ella, la que hizo producir tantos y tantos milagros arquitectónicos transmitidos de otras edades felices y florecientes. Ella, finalmente, la que con benéfica y dulce sonrisa, supo llevar de la mano á nuestros dignísimos antepasados y sacándoles incólumes de entre la multitud de formidables enemigos, los condujo hasta el anchuroso campo de la victoria, para escuchar los himnos de triunfo que exhalaban los corazones heroicos de sus

hijos muy queridos. ¡La esperanza!... ¡Ah! Podrá suceder que alguna vez el más acerbo sufrimiento domine el alma del hombre, y que la decepción y el desengaño intenten lacerar su corazón. Pero... ¿qué importa? ¿Quién será bastante poderoso para abatir al que espera? ¡Nadie! Por eso hoy más que nunca, nos hemos atrevido á levantar nuestra voz para decir á la humanidad: «¡No vaciles jamás en el camino de tu existencia! Alza tu frente y espera,» porque esa gran virtud apartará de tu paso todos los obstáculos, cambiando tus instantes de vacilación, en horas de dulce tranquilidad y entonces repetirás como nosotros: ¡Oh sublime virtud de la esperanza! ¡Bendita seas!

Triunfo de la Caridad.

Recuerdo á las señoras que constituyen la asociación de S. Vicente de Paul, en la Ciudad de Alcalá de Henares.

Más de una vez á solas, y en el humilde recinto de mi pobre habitación, he meditado en los dolores y angustias de la doliente humanidad; y recordando, que no hay nada tan grato en la vida como esas bellísimas y tiernas escenas llenas de poesía, en las cuales el infortunio se cobija seguro entre los misteriosos pliegues del estandarte de la caridad; al contemplar henchido de júbilo, cual se derraman las hermosas perlas del consuelo en el corazón apenado por el dolor... en mi pobre imaginación, surgió la idea de cantar un himno á la virtud, bosquejando á mi modo el magnífico cuadro que forman las damas de la conferencia de S. Vicente de Paul de esta ciudad de Alcalá, en aquellos momentos solemnes, en los cuales las contemplamos llenas de fé y un amor santo, consagrando todos

sus afanes en favor de la humanidad menesterosa y desvalida, que cubierta con el manto de la miseria, y sin otro porvenir que sus dolores y sus lágrimas, ven que se escapa su vida sin haber podido escuchar ni una sola vez los acentos dulcísimos del hermoso consuelo y de la más lisongera esperanza.

Comprendemos cuán difícil es pintar con verdadero colorido el gran cuadro de la mujer piadosa, de ese sér enchido de sentimientos dulces y benéficos; difícil en gran manera es hablar con propiedad de las señoras de San Vicente de Paul, de las Damas de la Caridad, toda vez que en el anchuroso mar de esta virtud admirable y santa, hicieron ya su gloriosa travesía tantos héroes ilustres, cuyo principal objeto, cuyo noble entusiasmo no fué otro sino cantar las grandes victorias de la mujer benéfica, del angel del hogar que constituida en consuelo del afligido, supo tremolar siempre en su mano el estandarte de la esperanza para el infortunado.

Las Señoras (que aunque en corto número hoy) constituyen la Asociación benéfica de S. Vicente de Paul en la ciudad de Alcalá de Henares, son dignas, pues, de toda nuestra gratitud y alta consideración, puesto que en medio de tanta y tan glacial indiferencia, á través de tanto egoismo y á pesar de las injustas y equivocadas apreciaciones que algunos seres pequeños se han atrevido á hacer (tal vez por disimular su miserable egoismo): á pesar de contar finalmente, con muy pocos recursos materiales, sin embargo de esto, todos podemos contemplar á esta benéfica Asociación, reunirse como una sola

familia, para consagrar sus afanes en favor de la humanidad menesterosa, y examinando, meditando con verdadero interés sobre la poderosa influencia de su tan sublime bandera, hallar por fin medios eficaces y seguros para hacer frente á las agenas desventuras.

¡Ah! sí: con frecuencia admiramos á tan sublime cohorte, recorrer incansables las calles y plazas de esta Ciudad, para cicatrizar las heridas del infortunio y consolar la angustia del desvalido. Con frecuencia las vemos abandonar las comodidades del hogar, para penetrar llenas de fé en la miserable choza del mendigo, y allí, donde antes solo tal vez reinaba la desesperación y el hálito terrible de una muerte prematura, depositan los gérmenes de consuelo y llevan el pan á los pequeñuelos que desfallecidos lloran en derredor de una madre enferma y miserable.

Ellas penetran en la triste morada del huérfano sin ventura, del anciano sin protección, del padre sin recursos, y en todas partes, en alas de su tan Santa Misión, derraman la copa del consuelo en el corazón atribulado; y no solamente recorren las calles y plazas buscando al infortunado, sino que, olvidándose de los timbres y nobleza de su cuna, ó de su estirpe, penetran también llenas de amor en los centros de *expiación*, y allí, constituidas en madres cariñosas, saben enjugar el triste llanto de unas inocentes criaturas, que sin más delito que haber nacido, se ven ya arrullados por el ruido estridente de las cadenas que oprimen á aquellas que

les dieran á luz. ¡Ah! Que cuadro tan sublime á la par que tristísimo, es contemplar á las señoras de S. Vicente, saciar el hambre y la sed de aquellos niños que en la aurora de su existencia forman ya coro con sus madres afligidas llorando sin consuelo su perdida libertad. ¡Cuan grande es, pues, el sacerdocio que ejercen en el mundo las Damas de la Caridad!

¡Que lección tan sublime para aquellas almas miserables, que sin otro *dios*, que la sórdida ambición, cierran sus ojos para no ver las agenas desventuras!

Pero... aún hay algo más: aún abrazan mayores horizontes los nobles sentimientos de la conferencia de S. Vicente de Paul de Alcalá de Henares: puesto que, comprendiendo que la educación es un poderoso elemento para la felicidad de los pueblos: comprendiendo que muchos seres desgraciados, no pueden proporcionarse la instrucción, tanto religiosa como literaria (por razón de sus perentorias ocupaciones), han hecho también frente á esta urgentísima necesidad, y al efecto, ya podemos admirar hace tiempo las llamadas *Escuelas Dominicales*, en donde las Damas de la Caridad, en unión de dignísimos sacerdotes, despiertan el alma de tantos infelices, para derramar en ellas los gérmenes de religión y enseñanza literaria, tan útiles para hacer agradable y risueña su efímera existencia, toda vez que muchos de aquellos seres desgraciados que sin norte pudieran correr ciegos al abismo de la degradación, han llegado á encontrarse fuertes para la lu-

cha, consiguiendo al propio tiempo ser útiles á sí mismos y á sus semejantes merced á las escuelas salvadoras dirigidas con tanto acierto por las dignas señoras de S. Vicente de Paul.

¡Loor, pues, á tan caritativa Asociación, que en alas de su caridad tantos beneficios sabe derramar en el seno de los infortunados! Y no dudo, que el mundo, la sociedad, á pesar de sus constantes luchas, de sus delirios, de su indiferentísimo, no podrán menos de aplaudir, el heroismo y abnegación de esos *seres* tan generosos, que poco á poco van levantando el suntuoso edificio de moralización, que es á no dudar, la base, el fundamento de la dicha de los pueblos y de las naciones.

En las orillas del mar.

Meditación.

Ese magnífico y admirable conjunto de preciosas alegorías y uno de los espectáculos más sorprendentes que podemos admirar en el inmenso panorama de la creación, es sin duda alguna el asunto que vá á ocuparnos en las presentes líneas: *¡El mar!* ¿Qué otra cosa es moralmente considerado, si no la imagen de esa oscura eternidad que aterra á los mortales, y que constituye al propio tiempo el encanto de las almas tiernas y sensibles, que en todo ven brillar la poderosa mano del Eterno? Fijad vuestra mirada en esa inmensidad siempre intranquila y trasparente, y ora vista los hermosos colores del cielo, ora los del profundo lecho donde descansa, siempre os parecerá magnífico, lo mismo cuando levante hasta las nubes su hinchado seno, como en aquellas horas en que las brisas rizan apenas su tranquila superficie.

Yo le he admirado cuando el hermoso astro del

día inunda su faz de brillantes perlas; yo le he contemplado también en el crepúsculo de la tarde, velando lejanas brumas de eterna majestad, y ya moviéndose en dulce calma, ya bramando horrisono durante la tempestad, siempre le contemplo hermoso, siempre le admiro lleno de magestad, de grandeza y poderío.

Por eso, si gran placer causa en mi alma la imponente soledad de los desiertos, y el tranquilo rumor del solitario bosque cuando en su seno se deja oír el grito salvaje de la tempestad; si profunda emoción experimenta mi sér, cuando después de haber escuchado la potente voz del trueno y visto cruzar el espacio la funesta exhalación, veo aparecer en el zénit esa hermosa franja de siete colores que, arrancando desde el cielo en forma de arco, se desliza con la suavidad del reptil hasta parecer unir el segundo extremo con la tierra... es para mí mucho más grande, mucho más poético y bello, adormirme arrullado por el rumor de las olas y seguir con la vista el rumbo incierto de la velera nave ó el rápido vuelo del pájaro marino. Yo amo el mar, yo le admiro, porque en él veo reflejarse la imagen del alma, la melancolía de las pasiones, las luchas eternas del sentimiento, las terribles borrascas del corazón.

Yo amo el mar; y al recordar que en su inmenso abismo se encierran tantas tumbas ignoradas, tantos tesoros escondidos; al contemplar que las olas que hoy vienen á morir á mis plantas son las mismas que admiraron la faz del Omnipotente, cuando se dignó crear el primer hombre; al ver que esas olas

son las mismas que habrán sin duda acogido en su vastísimo seno las crueles lágrimas de tantos infelices náufragos y escuchado los ayes y suspiros de tantos y tantos proscritos, no puedo menos de descubrirme en su presencia y entonar un himno, admirando su grandeza y poderío. ¡Oh inmenso abismo, yo te saludo! Te saludo, sí, como te saludaba Ovidio cuando en tus orillas lanzaba un día sus melancólicos cantares; te saludo, como lo hiciera Demóstenes, antes de que, con su elocuente frase, se dirigiera al pueblo. Ah, sí: yo sé que en tus riberas daba trégua á su amargura el proscrito Scipión; yo sé que tú empujabas las naves de los griegos hácia Troya, para inspirar al famoso cantor de Illión su inmortal poema; tu azul espalda sostenía las naves que, después de la dominación romana, llevaban en sí el gérmen de los Códigos que habían de servir de base para la legislación de las naciones civilizadas; y en tanto que esto sucedía, iba el Jordán á confiarte el secreto del porvenir; y tan pronto como las aguas que tocaron el dedo de Dios se confundieron con las tuyas para volar impelidas por el viento á anunciar á la Europa su futura regeneración; tan pronto como fueron llevadas por la corrientes á las ignotas playas americanas, el eco de tu poderosa voz, fué á perderse en los hermosos bosques de magnólias, brotando de tu seno un nuevo mundo, ante el inspirado génio de un valiente y decidilo genovés.

La civilización irrádía por doquier su esplendente luz; los progresos de la ciencia y del arte marcan en tí su huella, y los poetas todos van á tus ma-

jestuosas riberas á entonar en tu presencia cien y cien himnos de entusiasmo.

En el mar se siente á Dios, en sus riberas, en sus orillas, se humilla la criatura ante el poder del Eterno, puesto que mientras que los que se apellidan sábios disputan sin entenderse, Dios se manifiesta al corazón de la humanidad por medio de la grandeza de sus obras, tan sublimes como admirables, como grandes, sublimes, poéticas y magestuosas, son sin duda alguna las orillas del anchuroso mar.

¡La madre y el niño!

Traducción de Anderson.

Para que nuestros lectores puedan apreciar algún tanto todo el heroísmo, sublimidad y grandeza de una madre amante y cariñosa, vamos á reproducir unas líneas del célebre Anderson en la seguridad de que el verdadero hijo dilatará más y más su corazón para tributar un himno de amor entusiasta en honor de aquella bendita mujer, que, después de cobijarnos en sus entrañas, nos dió á libar su propia vida. Oídme pues: «Estaba una madre sentada junto á la cuna de su hijo, y su corazón maternal palpitaba por el dolor, porque muy pronto aquel hijo querido iba á morir. Los ojos de la criatura, se cerraban poco á poco; estaba pálido y su respiración, débil y entrecortada, anunciaba su próximo fin. La madre le contemplaba con indecible amargura.

»De repente llamaron á la puerta, y un hombre entró envuelto en una manta (muy necesaria por

«cierto) pues era á mediados de invierno y hacía un
 »frio espantoso; la nieve caía en abundancia y el
 »viento soplaba con gran violencia. Entretanto que
 »el viejo tiritaba y que el niño parecía dormir, la
 »madre llenó un puchero de cerveza y le acercó á la
 »lumbre para calentarla. El viejo se puso á mecer al
 »niño y la madre, sentándose á su lado, fijó los ojos
 »abatidos en el rostro de su hijo enfermo, que respi-
 »raba con muchísimo trabajo, y tomándole una ma-
 »necita entre las suyas, preguntó al anciano: «¿No
 »es cierto que podré conservarle? Nuestro Señor
 »no querrá privarme de él ahora.»

»El anciano (que era la muerte en persona), me-
 »neó la cabeza de un modo tan extraño, que no se
 »supo lo que quería decir. La pobre madre no pudo
 »soportar su mirada y al instante sus mejillas se
 »cubrieron de lágrimas; pero á poco rato, su cabeza,
 »dominada por el sueño, se inclinó sobre su pecho
 »(hacía cuatro noches que no dormía) y se quedó al-
 »gún tanto aletargada... Al cabo de algunos minutos,
 »se levantó de repente asustada y tiritando de frio...
 »¿Qué es esto? exclamó tendiendo una mirada in-
 »quieta por el cuarto... ¿Qué me sucede? ¡Dios mio!
 »¡Ah! (el viejo había desaparecido y el niño también).
 »En un rincón de aquella humilde vivienda oscila-
 »ba la péndola del antiguo reloj, oyéndose á inter-
 »valos iguales su tic... tac... monótono; pero de re-
 »pente las pesas caen al suelo... y el reloj se quedó
 »parado. Entonces, la pobre madre se lanza fuera del
 »cuarto llamando á su hijo á grandes voces... A la
 »puerta se encontró con una mujer vestida de negro

»y sentada sobre nieve, que la dijo: «*La muerte ha*
 »estado en tu casa, la he visto salir con tu hijo; pero
 »vá más depriesa que el viento, y una vez cogida su
 »presa no la suelta jamás. Oh! dime, dime por Dios,
 »por donde ha ido, exclamó la madre; enséñame el
 »camino, que bien pronto la encontraré.—Sé por
 »donde ha marchado dijo la vieja, pero para decír-
 »telo, tienes que cantarme todas las canciones que
 »has cantado á tu hijo, mira, *estoy loca* y las he oido
 »muchas veces! Yo soy la Noche y te he visto llorar
 »mientras cantabas...—Os las cantaré todas, dijo la
 »madre—pero no me detengáis más tiempo; acaso
 »pueda alcanzarles aún, y apoderarme de mi hijo.—
 »Pero la Noche permaneció muda é inmovil.—En-
 »tonces la pobre mujer se puso á cantar torciéndose
 »los brazos de desesperación, y aunque cantó mu-
 »chas canciones, más fueron las lágrimas que
 »vertió...

«Por último, la Noche, la dijo.—«Entra en esa
 »espesa senda de abetos; por ahí se fué la muerte
 »con tu hijo;» y la pobre madre echó á correr... pero
 »en el sitio más sombrío de la selva, se encontró
 »con una encrucijada y se detuvo sin saber ya cual
 »era el camino que debía tomar. Á su lado había
 »una pequeña zarza de espinas, sin hojas ni flores
 »(porque era la mitad del invierno y sus vástagos
 »estaban cubiertos de nieve.—¿No has visto pasar á
 »la muerte con mi hijo? dijo la madre.—Sí,—res-
 »pondió la zarza, pero no te diré qué camino llevan
 »si no me calientas contra tu corazón...: tanto frio
 »me mata y ya me siento medio helada.—La madre

»estrechó contra su pecho la zarza de espinas con
 »tanta fuerza, que pudo penetrarla con su calor. Las
 »espinas se clavaron profundamente en sus carnes;
 »su sangre saltaba en gruesas gotas, y bajo cada
 »una de ellas, hermosas hojas verdes y frescas na-
 »cieron de súbito; en la fría noche de invierno, la
 »zarza de espinas se cubrió de flores, ¡tan grande
 »era el calor de aquel corazón maternal!—La zarza,
 »por fin, la indicó el camino que debía seguir.—Bien
 »pronto llegó á la orilla de un ancho lago y som-
 »brío, en el cual no se veía ni un bote, ni una lan-
 »cha. No estaba bastante bien helado para poder
 »atravesarle, y era demasiado profundo para pasarle
 »á pié; y sin embargo, este lago sólo separaba á la
 »pobre madre de su hijo querido. Entonces se arro-
 »dilló á fin de vaciar el lago bebiéndose sus aguas,
 pero esto era completamente imposible para toda
 criatura, aunque la madre en medio de su ardor,
 creía tener fuerzas para obrar un milagro.

¡Oh! Cuanto daría por unirme con mi hijo.—
 exclamó llorando y de repente se sumergió en las
 olas. Las aguas la llevaron como una navecilla y
 pasando fácilmente por entre los hielos, llegó á la
 otra orilla en donde se veía una casa muy extraña
 que tenía casi una milla de larga. La infortunada
 madre, no podía distinguir si era una montaña con
 sus grutas y selvas, ó una casa construida de ma-
 dera y piedra; había perdido la vista á fuerza de
 tanto llorar.

¿En dónde hallaré la muerte, que me acaba de
 arrebatarme mi hijo?

La muerte, no ha llegado aún, respondió una vieja muy vieja que era la que guardaba los sepulcros.—¿Pero cómo has descubierto el camino para llegar hasta aquí?—¿Quién ha venido en tu socorro?—Dios Nuestro Señor replicó la madre—Dios que es tan compasivo y vos lo sereis también, ¿no es verdad? ¡mi hijo, mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?—No lo sé dijo la vieja, pero no puedes verle.—Muchas flores y muchos árboles se han secado esta noche, bien pronto vendrá la muerte á trasplantarlos. Cada uno en el mundo tiene, como sabes, su árbol y su flor vital, esteriormente presentan el aspecto de los demás árboles y de las demás flores, pero en su centro palpita un corazón. Los niños tienen también su corazón. Vete, pues, al campo de la muerte, y acaso reconocerás á tu hijo; pero ¿qué me darás si te digo lo que debes hacer después?—Nada tengo que darte—pero si quieres iré si lo deseas hasta el fin del mundo.—¿Y qué me importa eso? dijo la vieja.—Dame tu larga y hermosa cabellera negra, en cambio de mis canas.—¿No deseas más que eso? dijo al punto la madre ¡Oh sí! te la doy con mucha alegría, y entregó su suave y magnífica cabellera negra en cambio de los blancos cabellos de la vieja, Entonces, ambas se dirigieron al campo de la muerte en donde las flores y los árboles se entalazaban de un modo singular. Veíanse también hermosas palmeras, plátanos y encinas, y cada árbol, cada flor tenía su nombre propio y representaba la vida de una criatura. La madre conteniendo su oprimido aliento, se inclinaba á mirar todas las plantas para

escuchar en ellas los latidos del corazón humano. ¡Esta es! ¡Esta es! exclamó de repente, estendiendo sus trémulas manos hácia una delicada florecilla azul, cuya corola enferma se doblegaba sobre el tallo. Había reconocido la flor de su hijo entre un millón de otras flores... ¡No la toques—le dijo la vieja—quédate aquí, y cuando venga la muerte, prohíbele el cogerla, amenazándola con arrancar las otras. Esto, la dará mucho miedo, porque tiene que dar cuenta á Dios de todas las flores y árboles, y nadie puede cogerlas sin su permiso. De repente se oyó gemir por entre las calles del jardín un viento glacial, parecido á un eco lejano de sollozos y suspiros.

Un instante después, la muerte se presentó delante de la madre. ¿Cómo has podido hallar el sendero que conduce hasta aquí? dijo la muerte.—¿Cómo has llegado antes que yo?—Porque soy madre, respondió sencillamente la mujer. La muerte extendió la mano hácia la florecilla azul, y entonces la madre sobrecogida de espanto, detuvo su brazo con sus dedos crispados por una fuerza sobrenatural, pero la muerte, la sopló en los dedos y la pobre mujer perdiendo sus fuerzas se dejó caer. El hálito del viejo era mucho más frio que el viento del invierno. Nada puede, contra mí,—dijo la muerte.—Dios Nuestro Señor es más poderoso que tú—murmuró la madre espirante de dolor.—Lo que hago—es para cumplir su voluntad—replicó la muerte.—Soy su jardinero. Tomo estos árboles y flores, y los llevo al inmenso jardín del Paraíso, al país desconocido,

pero no puedo decir lo que pasa allí; yo nose si crecen ó nó.

—¡Vuélveme á mi hijo!—repetía la madre, rezando y llorando á la vez.

De repente, se apoderó de dos hermosas flores frescas y erguidas, una con cada mano, y le dijo á la muerte: «Las arrancaré por que estoy desesperada.»

—No las toques respondió la muerte.—Dices que eres tan desgraciada, y ¡quieres sumergir á otra madre como tú en los mismos infortunios!—¡Otra madre! balbuceó la pobre mujer, y al punto sus manos se entreabrieron, soltando las dos hermosas flores.

—Mira á ese abismo que está á tu lado, repuso la muerte.—Voy á decirte el nombre de las dos flores que querías arrancar, y verás entera su vida futura, toda su existencia humana... con eso conocerás lo que querías destruir. La madre miró al fondo del abismo, y su vista se quedó encantada con un magnífico espectáculo. Una de aquellas dos flores que esparcía por todas partes en donde florecía el contento y la dicha, era amada de todos, y todos la daban sus bendiciones: después vió la existencia de la otra flor, su vida llena de innumerables males, no era más que una série no interrumpida de sufrimientos y dolores.—Ambas siguen la voluntad de Dios, dijo la muerte.—¿Cuál es la flor del infortunio y cuál la de la dicha? preguntó la madre. No puedo decírtelo, respondió la muerte.—Bástete saber que una de las dos existencias que acabas de ver, es la de tu propio hijo. Entonces la madre, aterrorizada exclamó ¿Cuál de esas dos es la de mi hijo?

—Dímelo ¡salva una inocente criatura; sálvala de de todos esos males; llévatela primero de esta tierra al Paraíso de Dios y... ¡olvida mis lágrimas, olvida todo cuanto he hecho! —No te comprendo, dijo la muerte.—¿Quieres que te devuelva tu hijo, ó prefieres que me le lleve á ese país desconocido, donde para tí todo es misterioso? La infortunada madre, se torcía las manos presa de las angustias más terribles, hasta que por último, cayó de rodillas y dirigiéndose al Señor, exclamó: Oh Dios mio, no me oigas, si mi súplica es contraria á tu voluntad que es mejor que la mía; no me oigas, no hagas caso de mí. Y dicho esto, inclinó su cabeza sobre el pecho.

La muerte entonces, tomó en brazos al niño y desapareció con él, llevándosele á la región desconocida.



Imperiosa reforma

que hace tiempo reclaman los penales de España.

La práctica del bien, la beneficencia, la compasión en pró del triste infortunado y la protección decidida y generosa en favor de los que, privados de libertad pasan las horas de su existencia dentro del recinto de una casa de expiación, debe ser sin duda alguna el principal objeto en el que deben fijar la atención, todos aquellos que después de sentir latir en su pecho un corazón magnánimo, tienen obligación de desempeñar la sagrada misión que les encomendará la sociedad.

Inútiles en gran manera serán todas las utopías, todas las más bellas teorías en la cuestión que vá á ocuparnos, si con ánimo decidido, con una voluntad firme é incontrastable, no probamos con nuestras obras lo que tanto hemos decantado hasta aquí con vanas y pomposas frases, que solo han causado la indiferencia y el cansancio en todos los

que de buena fé ansiábamos llegára el momento de dar principio á una obra tan sublime.

Es una verdad innegable por desgracia, que el desarrollo de las vergonzosas pasiones y el crimen con su séquito tan terrible como fatal, se ha entronizado en el seno de la sociedad, que más de una vez tiene ocasión de contemplar á sus hijos, amarrados con las fuertes cadenas de la degradación y desventura, hasta el punto de presenciar escenas de observar cuadros, cuya sola presencia nos hace enmudecer, por resistirse la lengua á definir, á caracterizar tanta y tanta degradación, tan grande y tan profundo malestar como existe en esta misma sociedad; pero muy principalmente en el fondo de los presidios, en los Establecimientos Penales en donde á toda costa, es preciso, es de todo punto indispensable que se levante una poderosa muralla, una roca incontrastable, un valuarte seguro, donde sin dificultad de ningún género, puedan cobijarse en él todos aquellos que en alas de sus extravíos, se encuentran hoy en el anchuroso Océano de un presidio, expuestos á la violencia de las olas de una conciencia manchada, ó á las terribles sacudidas de la más grande desesperación.

¡Ah! Que tristísimo es el espectáculo que en general ofrecen hoy los presidios! ¡Que horrorosa es la existencia de los infelices cautivos privados del astro refulgente de la libertad! Si penetrárais conmigo en uno de estos centros de expiación, no dudo que á la más ligera observación, veríais que la ignorancia más crasa, se enseñoorea en general en estas ca-

sas de dolor; veríais que la ignorancia, es la terrible avalancha que destrozando vá todo cuanto á su paso encuentra, llegando á paralizar casi por completo los latidos del corazón, puesto que vemos olvidar todo cuanto de noble y grande debe resplandecer en la criatura racional.

De aquí vemos resultar que más de una vez, se arma el brazo del hermano contra el hermano; el del padre contra el hijo y el hijo contra el padre, y agitándose en un horrible caos é impulsados por la ignorancia, se precipiten rápidamente en el fondo de un calabozo, y sin darse muchos razón de su conducta, se ven ya marcados con el estigma del criminal, y tienen la tristísima necesidad de legar á sus familias un nombre manchado con el triste recuerdo del presidio. Si la ignorancia es la única que poco á poco vá eslabonando esta cadena fatal de desventura, la ignorancia es la que hace que el hombre, desconociendo sus deberes y sus derechos, prescinda de todo lo noble; se olvide de sí mismo, y de aquí que teniendo la conciencia completamente dormida, no tenga inconveniente alguno en lanzarse en el abismo del crimen prescindiendo también en absoluto de todo lo que debe á sus semejantes.

La falta de instrucción, la ignorancia finalmente, es la causa más principal, para que en el anchuroso Océano Penitenciario, para que en el mar de los Penales, veamos tantos infelices náufragos: tantas barcas que sin tino, sin rumbo cierto, sin el hermoso timón de la enseñanza, surquen las tempestuo-

sas olas del sufrimiento, y lejos de encontrar un puesto seguro, vayan á estrellarse en la roca de la desesperación más cruel, después de haber luchado inútilmente con los rigores de la tempestad.

¿Y cómo evitar tan fatales naufragios? ¿Cómo cambiar el súcio ropaje del extravío, por el hermoso manto de la regeneración? ¿Cómo hacer que impere la resignación y la moralidad, en esos terribles ántros, donde á cada momento cruza el espacio la horrenda blasfemia, donde la degradación llega á su apogeo, donde el deseo de emprender un nuevo camino es desconocido, donde los propósitos firmes de enmienda son nulos, y donde más de una vez con el mayor cinismo se hace alarde de las escenas sangrientas de una vida criminal? ¡Ah! Sólo queda un remedio eficacísimo para tan profundos males; sólo existe y puede aplicarse á tan antiguas heridas un bálsamo saludable que las cicatrice, que las cure; sólo hay un elemento regenerador; sólo hay una tabla salvadora; sólo puede ponerse en verdadera práctica una reforma importantísima, que es «La Enseñanza,» la verdadera instrucción; pero no una enseñanza ráquita y miserable, como sucede hoy (no en todos los presidios, pero sí en la mayor parte), como sucede en Alcalá de Henares, en el presidio de esta ciudad, donde hubo un tiempo en que existían más de 300 jóvenes sin que pudieran aprender nada, puesto que habiendo sido ascendido el profesor que había, tardó la Dirección general más de seis meses en nombrar otro, y resultaba que todos aquellos jóvenes vivían sin ocuparse en nada,

sin norte, sin guía, sin poder admirar en su cauterio el astro bienhechor de la enseñanza, en cuya fuente debían beber las cristalinas aguas de la moral y de la ciencia, de sus deberes, de sus derechos y del verdadero progreso. Esta es, pues, la urgentísima necesidad que reclaman las cárceles y presidios; escuelas, pero escuelas verdaderamente dotadas de todo lo necesario, pues de otro modo, serán inútiles todos los afanes y esfuerzos de los profesores, puesto que nada podrán conseguir si constantemente tropiezan con obstáculos insuperables, si no tienen un local á propósito y capaz; si muchas veces las mal llamadas hoy escuelas carecen del material indispensable para la enseñanza, ¿cómo podrán los profesores de Penales llenar debidamente su tan sublime misión?

¡Ah! No dudamos que los que rigen los destinos de la nación española tendrán muy en cuenta las poderosas razones que nos atrevemos á emitir, encomiando con todas nuestras fuerzas la urgentísima necesidad que reclaman los presidios, en donde la enseñanza debe ser el faro que ilumine tantas tinieblas; la instalación de verdaderas escuelas con todo lo necesario, dará bien pronto un magnífico resultado, puesto que poco á poco veremos desaparecer de los presidios el cáncer corrosivo de la ignorancia que, de un modo cierto y cruel, destruye una por una las fibras del corazón y destroza con saña el seno de la doliente humanidad. La enseñanza, nos evitará presenciar esas escenas, en las que más de una vez contemplamos á seres *abyectos* que, después de

una terrible *lección de cuatro ó seis años sin libertad*, los hemos visto volver impávidos para vestir segunda vez la humillante librea del presidiario. ¿Y por qué suele suceder esto más de una vez? Porque abandonado el pobre prisionero únicamente á la desesperacion de su presente, á la fatalidad de su pasado, y sin tener una mano cariñosa que por medio de la instrucción le indique la senda del porvenir, necesariamente olvida las horas de dolor, y recordando sus camaradas de holganza, sin haberles hecho nadie comprender el estado triste y degradante en que han vivido, sin haber procurado inculcar en su alma extraviada el amor al trabajo y á la virtud y el ódio al crimen y á la *inmoralidad*, salen de esas casas de expiación y no tienen inconveniente alguno en plegar, con mano reincidente y criminal, el estandarte magnífico de su libertad. Deber nuestro será, por lo tanto, trabajar porque de *hecho* se instalen las escuelas en los presidios, y (así como sucede en el extranjero,) los señores Capellanes dotados de una manera conveniente, deberán ser, los que en unión de los señores Profesores inculquen en el alma de los infortunados las máximas hermosas de la virtud, y estos dos sacerdocios, estos dos elementos, es decir, la religión y la ciencia, serán sin duda alguna lo que levantará el suntuoso y magnífico templo de la regeneración del confinado, y este sér pobre y miserable en la actualidad, este sér abandonado á los azares de su fortuna fatal, dejará por medio de la instrucción el sucio harapo de sus extravíos; y al volver de nuevo á la sociedad, veremos que será útil, no sola-

mente á sí mismo, sino que también á sus semejantes, puesto que, por medio de la instrucción comprenderá todos y cada uno de los sagrados deberes que tiene que cumplir; comprenderá al propio tiempo, la notable diferencia que existe entre la senda tortuosa del crimen, y el recto camino de la virtud: en una palabra, la enseñanza será la que por medio de sus sublimes acentos, le manifestará un nuevo horizonte, en el cual, pueda gozar contemplando todos los grandes espectáculos de la naturaleza, y el sol esplendente de la instrucción literaria que le ilumine, á fin de que no vuelva á caer en el oscuro y profundo abismo de una casa de expiación, donde en otro tiempo sufriera, (por su ignorancia tal vez) la triste suerte del infeliz esclavo.

¡La noche!

¡Sublimes y bellas son todas las manifestaciones del Dios de la Magestad! Ese Señor tan poderoso que nos dió vida y aliento, nos rodeó al propio tiempo en el mundo, de todo cuanto pudiera satisfacer nuestras más apremiantes y legítimas necesidades. Así es que todos los espectáculos de la naturaleza, se eslabonan de tal modo, se unen de una manera tan precisa y tan sorprendente, que por doquier dirijamos nuestra mirada, no podemos menos de admirar el gran cuadro que presenta la creación en toda su perfecta armonía. Y no hay duda, de todas las hermosas maravillas de la creación hemos de sacar precisamente motivo para elevar desde el santuario de nuestro corazón, una plegaria de gratitud para el Supremo Autor de tantos y tan variados encantos. Y puesto que anteriormente hablé ó por lo menos quise deciros algo del crepúsculo, de esa hora de suaves emociones á la vez que de tristes recuerdos, voy, pues, á decir cuatro palabras con respecto



á esa *hermosísima deidad*, velada por las sombras y que todos conocemos por *La noche*. La entrada de la noche, no puede ser ni más poética, ni más suave. La noche, es una de las maravillas de la creación, y no os quiero decir la más magnífica, porque como ya he dicho, todo en la creación es sorprendente y admirable. Fijaos en una noche tranquila en que el cielo se muestra esmaltado de encendidos brillantes, y la luna, ese astro dulce y melancólico comienza á enseñarnos su disco apenas iluminado, y en medio de tan sublime y plácido silencio, en que toda la naturaleza parece encontrarse, sentiréis vuestro ánimo sobrecogido de un misterioso temor, y recordareis sin querer, que Dios al hacer oscilar continuamente las brillantes estrellas, nos está también demostrando que no se olvida ni un instante de sus criaturas, que siempre nos está mirando y procura con paternal solicitud que nuestra vida se deslice tranquila en presencia de tan bellas armonías. En la noche, encuentra el jornalero el descanso de las fatigas del día; el labrador vuelve lleno de esperanza á su humilde hogar, pensando en las doradas mieses que Dios le ha de proporcionar mediante sus constantes afanes. Los que padecen inquietudes, los que se agitan tristemente en el lecho de la más espantosa miseria, los que sufren mil disgustos y sinsabores para proporcionarse un pedazo de pan á cambio de su sudor y de sus lágrimas, encuentran en la noche un rato de felicidad, y dormidos sobre una cama miserable, son iguales entonces al más poderoso monarca de la tierra ¡Qué dulce

melancolía se apodera del alma cuando empieza su silenciosa marcha esta bienchora de la humanidad! Cuando la luz se ha disipado y los contornos del lejano campanario de la aldea han desaparecido, y se han borrado por las sombras, cuando todo yace en la oscuridad y en el silencio... entonces, un sentimiento de gratitud brota de nuevo en nuestro pecho; entonces admiramos más y más la Sabia Providencia del Creador, porque las sombras espesas de la noche, nos hacen conocer el valor del astro esplendente que preside el día, mejor dicho, sin el espectáculo que nos ofrece la oscura noche, no conoceríamos ó nos olvidáramos de la sabiduría del Hacedor, que en medio de esas horas destinadas al descanso, nos hace admirar la magnificencia de esos millones de mundos, que esparcidos tan admirablemente en los espacios nos dan una idea sublime del poder del Creador. La noche produce á la sociedad incalculables beneficios, no solo en el orden físico, sino también en el orden moral. Impulsado el hombre durante el día por el turbulento huracán, atraído por aquí y allá de los goces materiales y efímeros que la sociedad le ofrece á toda hora, viviría en un horrible caos, en un laberinto de la más espantosa degradación, sino viniera la noche á sorprenderle en su tan triste tarea, y con la influencia que las tinieblas ejercen en el corazón, no se dirigiera éste á Dios para alabar su poder y pedirle misericordia.

Finalmente, todos los grandes espectáculos de la creación, todos los cuadros sublimes de la naturaleza, sin duda alguna, nos dan una idea elevadí-

sima de su Autor, pero en la noche, parece que nos elevamos más y más hasta el trono del Sér Supremo, y ya contemplemos la bóveda del cielo, azul y despejada, ya admiremos los apizarrados nubarrones que entre sus pliegues guarda la tempestad, en todos estos espectáculos encontramos motivos para bendecir á Dios, y para confesar á la fáz del mundo, cuán hermosas y sorprendentes son las horas de la noche.

POESÍAS SUELTAS.

Himno al Creador.

Al Sér Supremo elevó mi cántico ferviente,
Humildes armonías hoy lanza mi laud;
Ante su trono excelso me postro reverente,
Cantando su clemencia, su gloria y su virtud.
Perdona sí mi acento, pobre de genio miras
Perdona si no tengo sagrada inspiración;
Dame de tus querubes las armoniosas lirás
Y dame con tu gracia, la santa bendición.
¡Cuán grande te contemplo, si enfrenas á los mares,
Y al huracan terrible haciendo enmudecer:
¡Cuán grande cuando alfombras los cielos estelares,
Y á tu pisada nacen, volcanes cien y cien!
Los fieros aquilones despiertan á tu aliento,
El roce de tu manto, mugir hace la mar,
Los mundos se estremecen al eco de tu acento,
Y la tormenta ruge con hórrido cantar.
Tu nombre el mundo, llena, y nada en lo creado
Se escapa á tu mirada, ni á tu eternal poder;
Tu tienes ¡ay! presentes los siglos que han pasado,
Tu das al polvo inerte animación y sér.

Qué majestuoso y grande te admiro en las tormentas,
Cuando del mar avivas el eco bramador,
Cuando de tu justicia, bajo el dosel te sientas,
Y con tu luz eclipsas al astro bienhechor!
Perdona Dios clemente al trovador que canta
Queriendo á su manera tus glorias celebrar,
Perdona en fin, Dios mio, si con impura planta,
Llegar quise cantando, hasta tu excelso altar.

En la muerte de mi madre querida.

Plegaria.

¿Por qué, terrible la muerte
Hirió á mi madre querida,
Y apagó su hermosa vida,
Que era mi dulce ilusión?

¿Por qué al invocar su nombre
Vierto raudales de llanto,
Y la angustia y el quebranto,
Torturan mi corazón?

¡Ay madre! madre adorada!
¿Do está tu sonrisa pura,
Que inundaba de ventura
Á aquel hijo de tu amor?

¿Dó se fueron los instantes
Que entusiasta te admiraba,
Cuando tu amor desterraba
Las tormentas del dolor?

¡Qué dichosa era mi vida,
Cuando tu voz escuchando,
Iba en mi pecho grabando,

Tu doctrina maternal!!!

¡Qué feliz era tu hijo,
Cuando con tierno embeleso,
Imprimía ardiente beso
En tu frente angelical!

¡Ay madre! Como recuerdo,
Las cuitas que te contaba....
Con qué amor ¡ay! me escuchaba,
Tu sencillo corazón!

¡Qué saludables consejos
Derramabas en mi alma,
Cuando en vez de dicha y calma,
Me agitaba en la aflicción!!

¡Qué placer sentía el pecho,
Madre del alma querida,
Cuando brillaba tu vida
Como un astro bienecor!

Cuando constante, á tu lado
Sin temores ni quebranto,
Gozaba de tu amor santo,
De tu virtud y candor.

Más ¡ay! todo ha concluido!!!
Ya cambió mi triste suerte!!!
Cruel y feroz la muerte,
Me arrebató aquel placer.

Hoy el pecho contristado
Lanza acentos de amargura,
Y aquella dulce ventura
Se ha cambiado en padecer.

Sin cesar, madre querida,
Oigo tu voz apagada

Y en tu lánguida mirada
Veo pintado el dolor!

Hoy te miro agonizante
Y en tu Dios los ojos fijos,
Mandando á tus pobres hijos
Cien suspiros de tu amor.

¡Ay madre! ¿Por qué la muerte
Me privó de tu consuelo?
¿Por qué volaste hasta el cielo
Dejando en honda aflicción,
Á tus hijos, que llorando
En su terrible agonía,
No olvidan ni un solo día
Tu maternal corazón?

¿Qué será, pues, de nosotros
Sin tu cariño profundo?
¿Qué haremos ¡ay! en el mundo
Sin tus caricias y amor?

¿Quién nos prestará consuelo
Cuando perdamos la calma?
¿Qué hará nuestra pobre alma
Sin tu alhago seductor?...

¡Adios! pues, madre querida
Adios madre cariñosa!
Contempla junto á tu fosa,
Á tu querido Tomás:
Que vertiendo amargo llanto
Eleva su vista al cielo,
Pidiéndole algún consuelo
Y para tí, eterna paz!

En el sétimo Centenario de la Santísima Virgen del Val Patrona de Alcalá de Henares.

Recuerdo.

¡Gemía el pueblo hispano en noche de amargura!
llorando contemplaba la vil dominación
del pérfido *agareno*, á quien con saña dura
las puertas de mi pátria abriera una traición.

Los generosos hijos del noble Recaredo
sufrieron los tormentos del bárbaro opresor;
sin libertad gemían, y su fébril denuedo
oculto muchos años tuvieron con dolor.

Del turbio *Guadaíete* en las revueltas olas
un rey afeminado su cetro sepultó,
y del criminal goce que el rey tuviera á solas,
nació el potente hierro que á España encadenó.

Humildes, resignados, sin dicha, sin consuelo
los bravos españoles, sin ver del sol la luz,
vieron ¡ay! cual se alzaba en su cristiano suelo,
la infame *media-luna* enfrente de la Cruz.

Los templos, los altares del Dios de la clemencia;

el claustro silencioso, do alzaban su oración
las vírgenes cristianas de Dios en la presencia,
también fueron holladas por vil dominación.

En Málaga, Sevilla, en Córdoba y Granada,
en Nágera, en Valencia, Castilla y Aragón,
del musulmán terrible la mano despiadada,
sin compasión hería al triste corazón.

Feroz el *agareno* sembrando mil pesares,
España recorría intrépido y cruel:
llegando en triste día al silencioso Henares,
llegando hasta la patria del inmortal Miguel.

Los buenos complutenses que miran la tormenta
y escuchan de aquella horda el eco bramador,
ocultan á su Virgen, sin dar á nadie cuenta,
y elevan cien plegarias al trono del Señor.

En orfandad terrible quedó aquel pueblo amante
después que aquella Virgen oculta se quedó;
y en medio de la angustia su pecho delirante,
sobre la fría tierra mil lágrimas vertió.

Los siglos ¡ay! pasaron con majestuosa calma
sin ver aquella madre divina del Edén,
sin ver el astro hermoso que iluminaba el alma,
sin ver á la que fuera su mágico sostén.

El pueblo complutense henchido de amargura,
plegarias mil alzaba á la eternal Sión,
pidiendo que bajara de la celeste altura
la paz que tanto ansiaba su triste corazón...

Por fin, llegó la hora, sono el feliz instante
que el pueblo complutense dejara de llorar,
al ver ¡ay! en su trono aquella madre amante
que á todos bendijera desde su hermoso altar.

¡Felíz sea mil veces aquel tan fausto día
que lleno de entusiasmo, de júbilo y amor,
postrado reverente delante de María
plegarias de ternura la diera un labrador.

Aquel hombre sencillo que al despuntar la aurora
cantara con las aves al aura matinal,
aquel que arando un día con paz encantadora
halló al surcar la tierra la Reina de este Val.

Venid, pues, complutenses, venid hasta el Henares
y en mágica armonía de plácida emoción,
en el hermoso valle dejad vuestros pesares,
cantando ante María con dulce inspiración.

Llegó por fin el día de júbilo y ventura,
llegó el feliz instante de dicha sin igual,
llegó la hermosa aurora tan suave como pura,
para besar la frente del más *bello ideal*.

Mirad con afán tierno el mágico Santuario
donde su trono tiene la madre del amor;
y al celebrar alegres tan fausto centenario,
plegarias de entusiasmo cantad en su loor.

Cantad á quien prestara la inspiración al Dante,
á la que dió á Murillo su mágico pincel,
á la que prestó al Tasso su cítara sonante,
á quien rompió los hierros del que gimió en Argel.

Venid hasta el Henares en este hermoso día,
que el pueblo complutense henchido de emoción,
celebra alborozado las glorias de María
y humilde la consagra su noble corazón.

Leida la noche del 22 de Setiembre de 1884, en la velada de la
Sociedad Miguel de Cervantes.

Al Príncipe de los Ingenios Españoles Miguel de Cervantes Saavedra.

9 de Octubre.

RECUERDO.

A tí Génio sublime, mi pobre pensamiento
Consagra ante tu *Cuna* los ecos de su amor;
Mi voz será apagada, tan débil como el viento,
Que apenas mueve el tallo de la modesta flor;
Perdona sí mi númen, pobre de génio miras;
Perdona si es doliente el eco de mi voz;
Perdona si no tengo las armoniosas líras
Que los querubes pulsan delante de su Dios.

Más ¡ay Príncipe egregio! las brisas lastimeras,
Aún lloran de Compluto, la pena y el dolor;
Aún siente el complutense de cien y cien maneras,
Los males que el *Contagio* produjo en derredor,
Del cólera terrible, con implacable saña,
Aún llora el Complutense disgustos cien y cien;
Aún se agita doliente la infortunada España,

Y ante el recuerdo inclina su fatigada sien.

Más ya, las densas nieblas que el cielo oscurecieran
Las nieblas que cubrían el trasparente tul,

Al Ganges ¡ay! veloces, Dios hizo que volvieran,
Mostrando hoy á Compluto, el firmamento azul.

Y pues que en este instante, no existen ya pesares;
Y pues el Pueblo Hispano cesó ya de llorar,
Henchidos de entusiasmo alcemos cien cantares,
En *prò* de Aquél que el mundo constante ha de ad-
[mirar.]

Cantemos á la aurora con júbilo y ventura;
Cantemos á aquel día con entusiasmo fiel;
Cantemos al instante de sin igual ventura
Que el cielo nos mandára al Inmortal Miguel.

Aquél que con su ciencia, al mundo estremeciera;
Aquél que con su ingenio causó la admiración;
Aquél que allá en Lepanto, también su sangre diera,
Por libertar á España de vil dominación.

¡Cantemos, Complutenses, en este fausto día:
Cantemos celebrando el natalicio, en fin,
De aquel á quien amamos con plácida alegría
Y ornemos hoy sus sienes con rosas, y jazmin.

Una tarde en el Cementerio de mi pueblo.

Pensamientos.

¡Mansión silenciosa dó el viento enmudece:
De seres queridos, tranquila mansión!!!
Mansión que á los muertos reposo ¡ay! ofrece,
Legando á los vivos terrible aflicción.

Aquí, hasta las aves con débiles alas,
Volando respetan el sueño tenaz,
De aquellos que duermen, desnudos de galas,
Y en lechos de mármol descansan en paz.

Aquí, hasta la brisa con triste gemido,
Lamentos simula con fúnebre són:
Y el viento produce fatídico ruido,
Que hiere las fibras del fiel corazón.

Y al llegar la noche con lúgubre calma,
Oculta en los pliegues de triste capuz,
Amargos suspiros se escapan del alma,
Al ver sobre el suelo clavada una cruz.

La luna cubierta con densos celages
Fatídica alumbra tan triste mansión,

Tan solo fantasmas con fúnebres trages,
El alma contempla en honda aflicción.

La triste *farola* con tibio destello
El pecho ¡ay! oprime tan pronto la vé,
Y escucha estridente el ronco resuello,
De hambrienta lechuza en alto ciprés.

Aquí, se comprende lo que es la esperanza,
De aquellos que ansian gozar y vivir;
Sin ver que á otra vida el alma se lanza,
Para gozar siempre, ó siempre sufrir.

¡Mansión solitaria! tu eres ¡ay! la historia,
Que la muerte escribe con fiera segur;
Diciendo á los hombres que honores y gloria,
Se ocultan por siempre en triste ataud.
¡Dichoso el que al verte mansión solitaria
Ansioso atesora grandeza y virtud!
Dichoso el que sabe alzar su plegaria
Al Dior que muriera clavado en la Cruz.



Recuerdo
á las Hijas de la Caridad de Alcalá de Henares
— — —

Mujer piadosa que vás
Consuelo doquier sembrando,
Y el infortunio aplacando,
De aquel, que padece mas.

De flores es tu camino,
Y aunque en él halles espigas,
Sé, que entre angeles caminas,
Y es muy feliz tu destino.

Comprendo te inspira Dios,
Y por Dios buscas la gloria;
Y por eso, es hoy tu historia,
Ir de la desgracia en pós.

Tu Casa, es toda la tierra;
Tu mansión el hospital;
Y tu precioso ideal,
Es donde el dolor, se encierra.

Tus bienes los das al sér
Que inocente ó desvalido,

Huérfano, anciano, ó herido,
 Consuelo ha de menester.

Tú llegas á la mansión,
 Donde el prisionero gime,
 Y con fé, y amor sublime,
 Consuelas su corazón.

En el campo ensangrentado
 Del cañon al estampido,
 Allá do alienta un herido,
 Allí alcanza tu cuidado.

Y al verle triste, y sin calma
 Con su agonía luchando,
 Vas, del herido curando
 Lo mismo el cuerpo, que el alma,

Tú acoges al desgraciado
 Que vive solo en el mundo,
 Y con tu amor tan profundo,
 Le haces bueno y resignado.

Tú junto al enfermo velas
 Y hasta en su triste agonía,
 Con dulce melancolía,
 Le cuidas y le consuelas.

Tú aspiras solo á abrazar,
 La Cruz de tu Redentor,
 A hacer el bien por su amor,
 Y almas por su amor salvar.

Tú por fin de dicha ufana,
 Eres en la sociedad,
 La piadosa y santa hermana,
 De la heróica *Caridad*.

Lo que mas vale.

No hay nada más hermoso
aquí, en el mundo,
Como el amor materno,
tierno y profundo:
Él, es el faro,
y en nuestros infortunios,
Seguro amparo.
Nada hay como una madre,
velando al niño,
Cuando duerme en la cuna
de su cariño:
¡Con qué embeleso
le despierta al ruido
De amante beso!
Que alegría tan dulce
tiene una madre,
Cuando ve el dienteçillo
que á su hijo sale:
Se vuelve loca,

y una y cien veces mira
La tierna boca.
Es para mi la madre
cual la palmera,
Que con sus ramas cubre,
la prole entera:
Y en los dolores,
cambiar sabe los males
En lindas flores.
Y vale más la madre
junto á su niño,
Que el oro, los placeres
y hasta el cariño:
Pues su amor santo
endulza la amargura
Y enjuga el llanto.
Cuando pienso en la mía
que voló al cielo,
Llora triste mi pecho
su desconsuelo:
Pues en el mundo,
solo al huérfano queda
Dolor profundo.
Amad á vuestra madre,
pues en la tierra,
No hay tesoro más rico
que el que ella encierra:
Ella nos guía
y con su propia sangre
También nos cría.

Amemos á la madre
con afán tierno,
Pidiendo para todas
dicha al Eterno:
Porque la madre,
es siempre aquí en el mundo
Lo que más vale.

A LA PIADOSA

Asociación de Hijas de María, establecida en el
Oratorio de S. Felipe Neri.

¡Cantad, cantad, entusiastas,
Llenas de dulce alegría!
Cantad, hijas de María,
Cien himnos de gratitud,
Ante la Virgen hermosa
Que os contempla con ternura,
Y con su sonrisa pura
Defiende vuestra virtud.

Llenad el recinto santo
De torrentes de armonía,
Elevando hasta María
Vuestro tierno corazón;
Y esa Madre cariñosa
Que os contempla con anhelo,
Os mandará desde el Cielo,
Su piadosa bendición.

En la región azulada
Se escuchará la armonía

Que manda vuestra alegría
A la Madre del Señor;
Y las fúlgidas estrellas
Que adornan el firmamento,
Escuchando vuestro acento,
Aumentarán su fulgor.

Y la noche con su calma,
Con su luna plateada,
También oirá extasiada
Vuestra sencilla canción;
Y en el silencio profundo
Contemplará en lontananza
El astro de la esperanza
Que conmueve el corazón.

El Catolicismo entero
Bendecirá vuestra gloria,
Al ver legais á la historia
Tan plausible devoción;
Y Compluto entusiasmada
Repetirá los cantares
Que un día junto al Henares
Alzábais con emoción.

¡Cantad, pues, nobles doncellas
Himnos de amor y ventura!
Cantad á la Virgen Pura,
Plegarias de gratitud:
Llegad hasta el Templo Santo
Para ofrecer á María,
La tierna y dulce armonía,
De vuestra hermosa virtud.

Al magnánimo y generoso pueblo español.

Una limosna por Dios.

¿No oís el grito de angustia
De la hermosa Andalucía?
¿No os conmueve la agonía
Que oprime su corazón?...
¡Infelices! Sin consuelo
Los dejó la horrible muerte..
Hoy no tienen otra suerte
Que implorar la compasión.

Aquella rica comarca
Tan llena de poesía,
Ha cambiado su alegría
Por la terrible orfandad;
Y contemplando las ruinas
De su pasada ventura,
Llorando con amargura
Imploran la caridad.

Ya los mágicos vergeles
De Loja, Alhama y Granada;

Ya la vega cultivada
 Por los hijos de Torrox,
 Despareció en un momento
 Por la hecatombe horrorosa,
 Y en la miseria espantosa
 ¡Piden limosna por Dios!

Aquellos pueblos que un día
 Vivieran en la opulencia,
 La más cruel indigencia
 Affige su corazón:
 Hoy con lágrimas amargas
 Piden pan para sus hijos,
 Y ante Dios los ojos fijos
 Se agitan en la aflicción.

Por doquier se escuchan ayes
 De amargura y de quebranto;
 Luto, sangre, muerte, espanto,
 Es lo que hoy se puede ver
 Entre aquellos desgraciados,
 Que al escapar de la muerte,
 Les cabe hoy la triste suerte
 De llorar y padecer.

Más... ¡no temais, andaluces!
 ¡Dad tregua á vuestra agonía!
 Aún arde en la pátria mía
 La luz de la Caridad;
 Aún hay en el pueblo hispano
 Cien destellos de consuelo,
 Para los que en triste anhelo
 Gimien en la adversidad....

Y pues somos españoles,

Demos pruebas de hidalguía,
Probando á la Andalucía
Que tenemos corazón;
Que sentimos como buenos
Su dolor y su quebranto,
Y que nos llena de espanto
Su precaria situación.

Probemos al mundo entero
Que los hijos del Henares
Sentimos ¡ay! los pesares
De la miseria cruel;
Probemos que generosos
Somos con el desgraciado
Y que no hemos olvidado
La piedad del *gran Miguel*.

Enciéndase el noble pecho
Del español generoso,
Con el fuego misterioso
De la dulce compasión:
Y pues son nuestros hermanos
Los hijos de Andalucía,
¡Socorramos la agonía
De su triste corazón!

En la muerte de la simpática niña María Dispierto.

Ya que hasta el Cielo con afán te elevas,
Huyendo ansiosa del mentido mundo;
Tú, que la dicha del hogar te llevas
Dejando sólo en él, dolor profundo;
Ya que apartarte presurosa debas,
De falsa vida, de terreno inmundo,
Al ménos... pide á Dios que de la altura
Calme nuestro dolor y desventura.

Ruégale, sí, María, pide al Cielo,
Puesto que al Cielo te guió tu estrella,
Que mitigue el pesar, el triste anhelo,
De aquél que hacías la ilusión más bella,
De aquél que, con afán, busca en el suelo,
Tu angelical sonrisa y tierna huella;
De aquél, en fin, que te quería tanto,
Porque eras su alegría y dulce encanto.

Míranos sin cesar llorar tu ausencia
Mandando mil plegarias á la altura,

Para que tú, de Dios en la presencia,
Le hagas oír por fin, nuestra amargura;
Rápida vuela al trono de clemencia,
Y pide al Dios de amor, con tu voz pura,
Por tu madre y tus tíos, que en el suelo,
Quedamos al perderte, sin consuelo.

6 de Agosto de 1885.

El calumniador.

Quiero pulsar la lira en este día,
 Y solo mi laud lanza un gemido:
 Pido á la inspiración dulce armonía,
 Y no puede prestarme ni un sonido:
 Y al buscar por doquier tierna alegría
 Que inunde del consuelo al pecho herido.
 Veo que es muy difícil hallar calma
 Cuando al *Calumniador* recuerda el alma.

Ese sér miserable y turbulento
 Que vierte despiadado la amargura;
 Ese vicio terrible y violento
 Que destruye la paz, dicha y ventura,
 Ese mónstruo que roba el sentimiento
 Del alma tierna candorosa y pura,
 Es el *Calumniador* que con vil saña,
 Se agita miserable en nuestra España.

De generoso y noble haciendo alarde
 Le veréis recorrer cinico el mundo;
 Y del modo más vil y más cobarde,
 Mancharlo todo con su labio inmundo:

En su ruin corazón tan solo arde
 El deseo de herir en lo profundo
 Del pecho, que tranquilo y generoso,
 Vive con santa paz y es muy dichoso.

El mancha sin piedad la fé sincera;
 La virtud para él, es despreciable:
 La amistad tan sublime y verdadera,
 Para el *Calumniador* es miserable:
 No tiene un resto de bondad siquiera
 Este sér tan cruel y abominable,
 Porque el *Calumniador* es tan monstruoso
 Como feroz, dañino y asqueroso.

Es terrible y cruel cual el bandido
 Que roba al inocente la existencia;
 El se goza en el mal que ha cometido
 Sin que jamás se agite su conciencia:
 Y es tan bajo, pequeño y fementido
 Estando de hombre digno en la presencia,
 Que blasona de amigo cariñoso
 El que es traidor, cobarde y alevoso.

Nada respeta, pues, su lengua impía;
 Del asunto más claro, hace misterio,
 Y es tanta su maldad y alevosía,
 Que hasta cruel se llega al cementerio;
 Revuelve con afán la losa fria
 Y arroja en el sepulcro algún dieterio,
 Porque el *Calumniador* que Dios confunda
 También roba la calma de la tumba.

Este sér miserable é inhumano
 Destroza sin piedad la paz del alma;

Y fingiéndose amigo y hasta hermano,
Del doméstico hogar mata la calma:
Con audacia cruel y artera mano,
Arranca del honor la hermosa palma;
Y siembra en el hogar dolor eterno,
Cambiano aquel Edén, en un infierno.

Él goza cuando hiere al ignorante,
Al sábio, al poderoso, al desgraciado,
Al humilde, al altivo al arrogante,
Al militar, al juez al magistrado:
Él con su baba hedionda y repugnante
Tanta desgracia y males ha causado,
Que su triste recuerdo es un martirio,
Y yo le encerraria en un... presidio.

¡Viva Zaragoza!

¡Levanta, Zaragoza, tu frente hasta la altura
Y evoca de tus hijos la hermosa aparición!!
Olvida en tu entusiasmo la pena y la amargura,
Y ante ese *Pilar Santo*, eleva una canción.

Recuerda en este día de júbilo y de gloria,
Recuerda en este instante de plácida emoción,
Las páginas brillantes de tu sublime historia
Las páginas gloriosas del pueblo de Aragón;
Recuerda aquellos días que tu invencible espada
Tronchaba la esperanza de vil dominación,
Cuando *ambiciosas huestes* fueron ante tí, nada,
Cuando por fin triunfabas del gran Napoleón,
De aquél hombre ambicioso, que yace en S.^{ta} Elena,
De aquél que acariciaba terrible usurpación;
De aquél que en cien pedazos rompiste su cadena,
De aquél que confundiera el pueblo de Aragón.

¡Levanta Zaragoza, tu altiva y noble frentel
Diciendo á los que un día quisieron oprimir...
Que entonces, como ahora, es tu león valiente,
Y antes que ser esclavo, preferirás morir.

Que si en sangrienta lucha te contempló invencible,
Si entonces con arrojo te viera pelear...

Hoy, como ayer mirára, que heroica muy terrible,
Defiendes con orgullo su *Virgen* y su *hogar*,
Tu Virgen adorable, que es y será tu faro;
Tu Madre cariñosa, encanto del Edén:
La Virgen Sacrosanta, de Zaragoza amparo,
La Virgen en quien miras tu mágico sostén.

¡Cantad, zaragozanos, un himno de alegría!!!
Canciones mil repita el pueblo de Aragón,
Postrado ante la Virgen en este fausto día
De dicha, de entusiasmo, de gloria y de emoción.

Sí, Madre candorosa! emblema de ventura,
Estrella que iluminas el anchuroso mar;
Defiende á Zaragoza con tu sonrisa pura,
A tu Aragón protege desde tu hermoso altar.

Si de tus nobles hijos peligra la existencia;
Si alguna vez llorando te llaman sin cesar,
Escucha su lamento, y con tu gran clemencia
Convierte su amargura en dicha y bienestar.
Hacedles ver que siempre sereis la *Capitana*,
La Reina poderosa del pueblo de Aragón;
Que en tu PILAR bendito, ayer, hoy y mañana
Encontrarán tus hijos ventura y protección.

¡Feliz sea por siempre la invicta Zaragoza!
La pátria, noble orgullo del reino de Aragón;
Del pueblo generoso que tanta dicha goza,
Del pueblo que no olvida mi pobre corazón.

Á la Santísima Virgen del Val, con motivo del cólera.

Plegaria.

¡Perdón! ¡Perdón! ¡Madre mía!
 Piedad ¡oh Reina del Cielo!
 Concédenos tu consuelo
 En esta calamidad.
 Defiende á tus nobles hijos
 Que devoran cien pesares,
 Al mirar en sus hogares
 La *terrible enfermedad*.

Recuerda que de Cumpluto
 Eres Madre cariñosa,
 Y que con mano piadosa
 Sabes el llanto enjugar;
 Recuerda que en el Calvario
 Quisiste aceptar por hijos,
 A los que hoy con ojos fijos
 Se postran ante tu altar.

«¡Señora! El *cólera morbo*
 »Invadió ya los hogares,
 »De los que desde el Henares

»Te ofrecen su corazón;
»Ya la muerte despiadada
»Robó la paz y la calma,
»Dejando sólo en el alma
»La amargura y la aflicción.»

¿Qué será, pues, de nosotros
Sin tu auxilio soberano?
Sin tu poderosa mano
Nos verás ¡ay! sucumbir...
Por eso, Madre querida,
Hasta tí llegan tus hijos...
¡Cesen sus males prolijos;
Cambie su triste existir!

Mira al pueblo Complutense
Derramando amargo llanto;
Contempla el luto y quebranto
De su pobre corazón,
Que postrado ante tu trono
Viene á implorar tu clemencia,
Y llorando en tu presencia
¡Humilde pide perdón!!!

Á LA SANTA ESCLAVITUD
 DE
 María Santísima de los Dolores, establecida en
 la parroquia de San Pablo de Zaragoza.

RECUERDO.

Si alguna vez siente el alma
 Un eco fiel de ventura;
 Si la armonía más pura
 Resuena en el corazón;
 Si hay un dulce sentimiento
 Que es de la vida la esencia,
 Es estar en la presencia
 De la Emperatriz de Sión:

De ese faro refulgente
 Cuya luz suave y hermosa,
 Es en noche tempestuosa
 El astro consolador;
 De esa aurora bonancible
 Cuyo delicioso ambiente,
 Acaricia nuestra frente

Como el rocío á la flor.

De esa Virgen adorable
Que á la dicha nos convida,
Haciendo que nuestra vida
Se trasformé en un Edén;
Porque el eco misterioso
De su célica armonía,
Derrama paz y alegría
Sobre la abatida sién.

Por eso, cuando á mis solas
Recuerdo vuestra ventura;
Cuando vuestra fé tan pura
Viene á inspirar mi laud;
Desde el fondo de mi alma
Una oración mando al Cielo,
Pidiendo á Dios con anhelo
Por tan Santa Esclavitud.

Por ese coro de Esclavas
Que entusiastas y amorosas,
Buscan perfumadas rosas
Para adornar el altar
De la Madre del Eterno,
De la Virgen cariñosa,
De la que Santa y piadosa
Sabe su llanto enjugar.

¡Con qué placer os recuerda
Mi amor y mi fé sencilla,
Doblando vuestra rodilla
Ante el trono del Señor!
¡Qué dicha siente mi alma

Cuando recuerda orgullosa,
 Vuestra actitud fervorosa
 Y vuestro filial amor!!!

¡Qué dulce emoción sentía
 El aragonés piadoso,
 Al ver el cuadro precioso,
 Que admiré en la procesión;
 Al ver aquella cohorte
 Inundada de alegría
 Acompañando á María
 Con ejemplar devoción!

Yo quisiera que el impío
 Vuestra dicha comprendiera!!
 Yo quisiera que viniera
 Hasta el ara del altar;
 Para que viera admirado
 Que el que se acoge á María,
 Disfruta dulce alegría
 Y un tranquilo bienestar.

Yo quisiera que admiraran
 A la que es Reina del Cielo;
 Á la que presta consuelo
 Al infeliz pecador:
 A la que es dulce esperanza
 Del que vierte amargo llanto;
 Porque le agita el quebranto,
 Porque le abrumba el dolor.

«Yo quisiera, finalmente,
 »Estar siempre á vuestro lado.
 »Para daros extasiado,



«Los ecos de mi laud:
»Cantando con entusiasmo
»Y con fervor tierno y santo,
»A la belleza y encanto
»De vuestra heroica virtud.

»Pero ya que esté apartado
»De vuestra grata presencia;
»Ya que me prive la ausencia
»De escuchar vuestra oración...
»Permitid que ante la Virgen
»Me postre con tierno anhelo
»Suplicando que del Cielo
»Obtengais la bendición.

»¡Ampáralas, Madre mía!!!
»Oye la plegaria amante,
»Cuando alguna suplicante
»Implore de tí un favor;
»A tus esclavas defiende,
»Como madre tierna y pura,
»Y convierte su amargura
»En horas de eterno amor.»

A LA SANTÍSIMA

Virgen del Val, en el sétimo centenario de su
invención, en las márgenes del Henares.

Si en este día hermoso de ventura,
Tuviera yo guirnaldas de mil flores,
Si la lira de egregios trovadores
Yo supiera pulsar con mano pura;
Si pudiera elevarme hasta la altura
Y Dios ¡ay! me otorgára sus favores...
Preludiára en el Val tiernos cantares,
En honor de la Reina del Henares.

Con incesante afán, con amor santo
Cantára de Compluto la grandeza,
Y en aras de la mágica belleza
De aquella que en placer convierte el llanto,
Inspirado en su amor, y en su pureza
Diera trégua al dolor y á mi quebranto,
Y tranquila y feliz el alma mía,
Publicára las glorias de María.

De esa Reina del Val, dulce esperanza
Del COMPLUTENSE, que con fé sencilla,

En alas de su amor vá á la capilla
 Buscando la ventura y bienandanza;
 Y cuando entusiasmado fiel alcanza
 Lo que implora á la madre sin mancilla,
 Publica por doquier con dulce anhelo,
 Que la Reina del Val es su consuelo.

Que la Virgen divina del Henares
 Es el Iris hermoso de ventura,
 Que su dulce sorpresa tierna y pura,
 Calma de la ansiedad los cien azares;
 Y si á su pueblo agitan los pesares,
 Y llorando devoran la amargura,
 La emperatriz del Val, Santa y hermosa,
 A todos los defiende cariñosa.

Ella con dulce afán y sonriente
 Consuela á los que viven afligidos;
 Ella cura á los ciegos y tullidos,
 Y á todos los que sufren cruelmente:
 Y es tan grande su amor, es tan clemente,
 Que no puede escuchar tristes gemidos...
 Porque para esta Madre, los mortales,
 Todos (en siendo buenos) son iguales.

¡Bendita Emperatriz, Madre amorosa
 Que al huérfano infeliz dáis vuestro beso!
 Que sois del Complutense el embeleso,
 Y sus ruegos oís siempre piadosa:
 Haced que en Alcalá la paz hermosa,
 Borre de cruda guerra el triste peso,
 Y que unidos los hijos del Henares
 Preludien en tu honor tiernos cantares.

28 de Setiembre de 1884.

Á los habitantes de Alcalá de Henares.

Felicitación.

¡Salud, noble ciudad! Lució ya el día,
 Que tanto ambicionaba al pecho mío:
 Ya reina entre tus hijos la alegría,
 Ya no envuelven las sombras el vacío;
 Ya no se oyen los ecos de agonía,
 Que arrancára el terrible desvarío;
 Ya las ondas tranquilas del Henares
 Repiten de Compluto los cantares.

«De epidemia fatal, la cruda guerra,
 »Que el cólera te hiciera con gran saña,
 »Ya terminó por fin; ya no te aterra,
 »Ya no corta tus flores su guadaña;
 »Ya puede el labrador surcar la tierra
 »Y recorrer tranquilo toda España,
 »Ya puedes, patria amada, en este día,
 »Cantar himnos de amor y de alegría.
 »Huyeron de tu seno los pesares
 »Que inundáran el pecho de amargura;

- » Y por eso los hijos del Henares
- » Henchidos de placer y de ventura,
- » Elevar deben hoy tiernos cantares,
- » Dando trégua al dolor y desventura;
- » Hoy, hermosa ciudad, con tierno anhelo
- » El himno de tu amor eleva al Cielo.
- » Goza, pátria querida, del ambiente,
- » Que besa del vergél las lindas flores;
- » Escucha con afán y alegremente
- » Los trinos de los pardos ruisenores:
- » Deja, deja que el alma dulcemente,
- » Perciba de la brisa los rumores:
- » Deja por fin al alma en este día,
- » Que escuche por doquier tierna armonía.
- » Y pues llegó el instante venturoso
- » De júbilo, placer y de amor santo,
- » Hoy debe el Complutense generoso,
- » Alzar hasta su Dios sublime canto;
- » Y en alas del rocío misterioso
- » Que disipa la angustia y el quebranto,
- » Llegar hasta el santuario y reverente,
- » Con profunda humildad, doblar la frente,
- » Volemos hasta el templo del Eterno
- » Y unidos como buenos ciudadanos,
- » Cantemos ante Dios con amor tierno,
- » Elevando hasta el Cielo nuestras manos;
- » Pidámosle sepulte en el Averno
- » El cólera cruel; y como hermanos,
- » Cantemos el *Te-Deum*, con anhelo,
- » En unión de los ángeles del Cielo.»

RECUERDO

á mi amantísima é inolvidable madre, en el
segundo aniversario de su muerte.

¡Dos años ya, madre mía
Que vivo solo en el mundo!!!!
Dos años, que me confundo
En la noche del pesar:
Dos años ¡ay! que mi alma,
Sin tino, sin rumbo cierto,
Se agita buscando un puerto
Donde poder descansar.

Desde que al cielo te fuiste,
Huyó la luz de mis ojos,
Y solo espinas y abrojos,
Laceran mi corazón;
Solo la angustia terrible
Siento en el fondo del pecho,
Y ya el corazón deshecho,
Suspira en honda aflicción.

Yo te invoco á todas horas,
 Yo invoco tu nombre santo,
 Yo te llamo en mi quebranto,
 Con amante frenesí:
 Yo recorro el mundo entero,
 Buscando tu amor profundo,
 Más ¡ay! el mentido mundo,
 Jamás se apiada de mí.

Nadie comprende en el suelo
 La intensidad de mi pena,
 Y aunque está la copa llena,
 De amargura y de aflicción;
 Indiferentes me miran
 Y á mi dolor nunca atienden,
 Pues los hombres no comprenden
 Los males del corazón.

¡Madre mía muy amada!
 Ten piedad de mi quebranto,
 Enjuga mi triste llanto
 Y ven á besar la sien:
 Del hijo que no te olvida,
 De aquel hijo que te amaba,
 Y en tu amor atesoraba
 Las delicias del Eden.

Envíame desde el Cielo
 Donde te elevó el Eterno,
 Un eco de tu amor tierno,
 Un suspiro de tu amor:
 Un instante de consuelo,
 Un destello de alegría,

Que calme la pena mía,
Y mitigue mi dolor.

¿No escuchas, di, madre mía
Mi triste y amargo llanto?
¿No ves la pena y quebranto
De mi amante corazón?
¿No me ves ¡ay! desde el Cielo,
Llegar á la tumba fría,
Y allí, con triste agonía
Rezar por tí una oración?

Pues bien, madre idolatrada,
Si ves mi dolor prolijo
Ten compasión de tu hijo,
Cambia su suerte fatal:
Apiádate de la angustia
En que sin tu amor ¡ay! vive,
Ó haz que algún momento olvide
Tu cariño maternal.

Alcalá 14 de Diciembre de 1885.

A la Santísima Virgen del Val.

Invocación.

¡Reina del Val! Qué divino

Es tu nombre en este suelo!!!

¡Qué alegría, qué consuelo

Siempre en tu pecho anidó!!!

Con qué afán, con qué esperanza

Llega hasta tu trono santo,

Aquél á quien el quebranto

Su existencia envenenó.

¡Ah sí! Tú eres de *Compluto*

Reina y Madre cariñosa:

Tú, con mano generosa,

Sabes el llanto enjugar;

Tú te elevas arrogante

Como la esbelta palmera,

Y cerca de esta ribera

Quisiste siempre habitar.

Tú eres Madre de tus hijos,

De aquellos que en su amargura

En tí cifran su ventura,
En tí, miran su ideal.

De aquellos que en este día
Dando trégua á sus pesares,
Elevan tiernos cantares
Ante la Virgen del Val.

¿No oyes cual suspira el viento,
Dando quejas amorosas?
Pues es, que mece las rosas
Que luego adornan tu altar:
¿No ves el ave sencilla,
Cómo al despertar la aurora,
Con melodía sonora
Tus glorias viene á cantar?
¿No sientes la dulce brisa,
Y el mágico y puro ambiente,
Y el rocío transparente
Como límpido cristal?

Pues todo, formando coro,
Con las hondas del Henares,
Vienen á alzar sus cantares
Ante la Virgen del Val.

Sí Madre! los *Complutenses*
Te amamos con fé sencilla!!!
Y al doblar nuestra rodilla
Ante tu trono de amor...
Sentimos dentro del pecho
Una paz dulce y hermosa...
¡Y es que tú, Virgen piadosa
Nos defiendes con ardor!!!

ÍNDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
A mis lectores.	5
A la patrona y protectora de Alcalá de Henares. (Invocación).	7
Amor maternal.. . . .	10
En la Virgen del Val.	17
Heroismo de la mujer.	22
La familia.	30
Plagas sociales.. . . .	35
La paz de los pueblos.	42
Glorias de Alcalá.. . . .	49
Un consejo á los gobernantes.	56
El ciego. (Reflexiones sobre uno de los seres más desgraciados de la tierra.).	64
Reflexiones sobre el valor del dinero.. . . .	66
Fundamento de la felicidad de los pueblos.. . . .	71
Misterios del corazón.	75
¿Qué es la esperanza?.	79

Triunfo de la caridad. (Recuerdo á las señoras que constituyen la Asociación de San Vicente de Paul en la ciudad de Alcalá de Henares.) . . .	83
En las orillas del mar. (Meditación.)	88
¡La madre y el niño! (Traducción de Anderson.) . .	92
Imperiosa reforma que hace tiempo reclaman los penales de España.	100
¡La noche!	107

POESÍAS SUELTAS.

Himno al Creador..	112
En la muerte de mi madre querida. (Plegaria).. .	114
En el sétimo centenario de la Santísima Virgen del Val, patrona de Alcalá de Henares. (Recuerdo.)	117
Al Príncipe de los Ingenios españoles Miguel de Cervantes Saavedra. (Recuerdo.)	120
Una tarde en el cementerio de mi pueblo. (Pensamientos.)	122
Recuerdo á las Hijas de la Caridad de Alcalá de Henares.	124
Lo que más vale.	126
A la piadosa Asociación de Hijas de María, establecida en el Oratorio de San Felipe Neri. . .	129
Al magnánimo y generoso pueblo español. (Una limosna por Dios.)	131
En la muerte de la simpática niña María Dispierto.	134

El calumniador..	136
¡Viva Zaragoza!.	139
A la Santísima Virgen del Val, con motivo del có- lera. (Plegaria.).	141
A la Santa Esclavitud de María Santísima de los Dolores, establecida en la parroquia de San Pa- blo de Zaragoza.(Recuerdo.)	143
A la Santísima Virgen del Val, en el sétimo cen- tenario de su invención en las márgenes del Henares.	147
A los habitantes de Alcalá de Henares. (Felicita- ción.).	149
Recuerdo á mi amantísima é inolvidable madre, en el segundo aniversario de su muerte.	151
A la Santísima Virgen del Val. (Invocación.) . . .	154







